

Pasajeros de otros barcos



Leopoldo de Trazegnies Granda



Pasajeros de otros barcos

Pasajeros de otros barcos

Pasajeros de otros barcos

pasajeros de otros barcos

Pasajeros de otros barcos

Pasajeros de otros barcos

LEOPOLDO DE TRAZEGNIES GRANDA

PASAJEROS DE OTROS BARCOS

LETRAZ

Pasajeros de otros barcos

PASAJEROS DE OTROS BARCOS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

Presente edición: 2ª 2022

ISBN: [978-84-611-3127-3](#)

Depósito legal: SE 1470-2006

**Copyright © Leopoldo de Trazegnies Granda
Todos los derechos reservados.**

CORREO: trazeg@gmail.com

WEB: <https://www.bibliotecatrazegnies.es/>

Portada y contraportada: Puerto de Cádiz (fotos del autor)

INDICE

epígrafe _____	9
la discreción de los visitantes _____	11
biografía de L. Tamaral _____	13
el desamor de Kristof _____	19
la aflicción de Violeta _____	23
la ilusión de Reginald _____	27
ceremonia del amor y de la muerte _	33
Goliat, mi tía Margot y la Virgen de Murillo _____	37
Manuela _____	43
cinco días al borde del vacío _____	47
pájaros sin alas _____	51
las imágenes de X _____	55
veinte años después... de nacer ____	57
la esperanza de los polizones _____	63
el vapor Donizetti _____	65
historias de locos y bellacos _____	79
el enigma de Yasmina _____	91
Amalia o la máquina de sueños ____	97
la indignación de Anselmo _____	105
I'm Willy _____	109

Pasajeros de otros barcos

Icebergs behoove the soul.

ELIZABETH BISHOP

*que el amor es una bahía
linda y generosa
que se ilumina y se oscurece
según venga la vida.*

MARIO BENEDETTI

*Nada de lo que aquí se cuenta
ha sucedido,
pero todo se ajusta
estrictamente a la verdad.*

L. TAMARAL

Pasajeros de otros barcos

la discreción de los visitantes

Jamás me he topado de cara con mis fantasmas, los suelo ver en el momento que se van, como en un latigazo de luz, que se podría confundir en la penumbra con el silencioso rabo de mi perro.

Sin embargo, sé todo lo que hacen, en que sillón de la sala se han sentado, qué libro de mi biblioteca han leído, qué cigarrillo se han fumado y qué páginas de literatura han consultado en internet. Sé que hay uno que utiliza el correo electrónico para cartearse cada noche con la mujer amada y sus "te quiero" fantasmales se hunden en el profundo resplandor de mi pantalla.

También he notado que son sensuales, aficionados a prepararse bebidas de color añil con sabor a labios y oigo el tintineo impaciente de sus copas como si mantuvieran escondido el Grial en la alacena. Otras veces, se duchan con agua caliente y me empañan los espejos hasta que las claridades matutinas hacen aflorar renovados jardines en las paredes del baño.

Pasajeros de otros barcos

Sé que han viajado mucho, que ni siquiera recuerdan todo lo que han amado y yo me siento obligado a rescatarlo. Ahora mis fantasmas llevan años consagrados al estudio de la poesía, y cuando amanece abrigo la esperanza de descubrir que me han dejado un verso nuevo, como un exquisito dulce en la nevera. Pero cuando desaparecen, lo único que queda es un revuelo de pijamas y palomas en mi casa, de emociones y recuerdos quiero decir, que yo intentaré verter aunque sea torpemente en este cuaderno.

biografía de L. Tamaral

La biografía de este escritor peruano, que salvó dos veces la vida gracias a su sabiduría y que al final la perdió precisamente por culpa de un fallo de su inteligencia, sólo puede ser aproximada, debido a la carencia de datos que tenemos sobre su vida.

Nació en un ranchito del malecón Iglesias de la bahía chorrillana de Lima, cuando las veredas aún olían a canastas de choros y pejerreyes que los pescadores dejaban al sol. El día exactamente nadie lo recuerda, se sabe que fue un mal año, de mucha hambre, a principios de siglo, probablemente 1902. Pertenecía a una modesta familia de clase media, cuando en el Perú aún no existía la clase media.

Su padre se ganaba la vida como profesor de matemáticas en el actual Colegio Nacional José María Eguren; fue autor de varios libros de geometría y amante de los gallos de pelea; su afición lo llevó a la muerte: a raíz de una riña en que participó un gallo giro de su propiedad recibió un navajazo de un matón de la mafia china que dominaba las peleas en el coliseo de Chucuito.

L. Tamaral estudiaba con aprovechamiento en el colegio donde su padre impartía clases, pero tras la trágica y casi vergonzosa muerte de su progenitor fue expulsado de las aulas, continuando su formación a partir de entonces de manera autodidacta.

Posteriormente participó en la política peruana oponiéndose al régimen dictatorial del presidente

Pasajeros de otros barcos

Leguía. Sus artículos satíricos en las revistas "La burra sin leche" y "La sanguijuela herida", le costaron la cárcel en varias ocasiones. Perseguido por el dictador, viaja a París en 1929, como polizón, en un barco griego atracado frente a Chorrillos. Aborda el barco a nado emulando la hazaña del mártir José Olaya. Ya en alta mar, es descubierto y se le intenta arrojar al agua, que era la suerte que corrían todos los polizones. Se salva gracias a conocer de memoria muchos capítulos de la Ilíada y la Odisea en griego clásico y recitarlos en cubierta para entretener a la tripulación.

Durante el trayecto tuvo ocasión de aprender la lengua moderna debido a la amistad que trabó con la tripulación griega y a su indudable facilidad para los idiomas. Adornaba las epopeyas homéricas con dicitos de actualidad, cosa que divertía enormemente a la marinería. Desembarca en Marsella donde es detenido al ser confundido con un miembro de la resistencia argelina. En los "interrogatorios" pierde parte de la oreja izquierda, circunstancia que en los años posteriores lo hiciera conocido entre la bohemia hispana de París como el "Mocho". En desagravio, el gobierno galo le concede el permiso de residencia.

En París se matricula en la Escuela Normal y recibe clases de filosofía de un entonces desconocido y estrafalario profesor llamado Jean-Paul Sartre. Su lúcido análisis del existencialismo le granjearía, años después, la amistad y la admiración de un extraño músico de jazz interesado en la patafísica y la literatura, de nombre Boris Vian.

Pasajeros de otros barcos

Preocupado por todas las ciencias humanistas, sigue los cursos de medicina homeopática, como alumno libre de la Sorbona, sin llegar a concluir sus estudios. Durante la ocupación alemana, debido a sus conocimientos homeopáticos salva la vida por segunda vez, porque el coronel Eichelmann, que estaba a cargo del distrito donde él vivía, era gran aficionado a ese tipo de terapia y lo admitió como su "sanador" personal.

Al final de la guerra contrajo matrimonio y tuvo descendencia francesa, pero ha sido difícil de identificar porque sus hijos adoptaron el apellido de la madre, se decía que era una bellísima artista del *music hall* de la que sólo se tiene conocimiento que trabajaba bajo el seudónimo de "La Marocaine".

Fue invitado por Juan Larrea al II Congreso Internacional de Escritores Antifacistas que se celebró en Valencia en plena Guerra Civil española. Tenía pensado viajar con César Vallejo y Henri Barbusse a los que frecuentaba en Saint Germain, pero en el último momento desistió para no abandonar el singular consultorio de "Urgencias homeopáticas" que tenía abierto en la rue du Renard, cerca del mercado de Les Halles, donde atendía principalmente las infecciones venéreas de las prostitutas (cuando aún no se había inventado la penicilina) y se dice que sus consejos eran más eficaces que los globulitos homeopáticos que recetaba. De esa época data su amistad con Corpus Barga. El "Mocho" Tamaral asistía a la tertulia que dejó Alfonso Reyes en París. Cuando el diplomático mexicano volvió a su patria, el grupo de amigos españoles e hispanoamericanos continuó

Pasajeros de otros barcos

reuniéndose hasta altas horas de la noche en los cafés prostibularios de Les Halles. Allí conoció a los hermanos García Calderón, al profesor Américo Castro, al historiador Barbagelata y a muchos otros intelectuales de renombre, entre ellos al periodista Andrés del Corpus García de la Barga y Gómez de la Serna que, irritado por la longitud y las resonancias aristocráticas de su apellido, había decidido abreviarlo en el enigmático Corpus Barga.

Podemos afirmar, casi con toda seguridad, que en 1948, cuando Corpus Barga decide continuar su exilio en Lima en vez de en México como era común entre los escritores republicanos españoles, lo hace movido por el interés y la emoción que Tamaral le supo transmitir por el Perú. Corpus Barga tendría una destacada labor en los medios de comunicación peruanos como director de la Escuela de Periodismo de la universidad de San Marcos. En los años 70, al enterarse de la situación de extrema pobreza en la que continuaba su amigo Tamaral en París, sobreviviendo casi exclusivamente de la caridad de las prostitutas, le envía un pasaje de avión y consigue para él un puesto dentro del periodismo limeño.

En el Perú colabora como redactor de radio Victoria al frente de un polémico programa de opinión política. Durante esos años, Tamaral fue nuevamente perseguido por sus ideas, esta vez por el gobierno del general Velasco Alvarado e intenta convencer a su anciano amigo Corpus Barga para regresar juntos a su tierra natal, pero el periodista español se niega a pisar la España franquista. Ese año de 1975, es derrocado el dictador peruano, fallece Barga en Lima y Franco en Madrid. Es

Pasajeros de otros barcos

entonces que Tamaral decide abandonar de todas maneras el Perú y viajar a España, radicándose definitivamente en Sevilla donde abre un "taller de inventos" en la calle Cabeza del Rey Don Pedro.

L. Tamaral es un escritor escaso y tardío. Tal vez por eso sea un desconocido de las Letras peruanas, figurando en poquísimas antologías. Luis Alberto Sánchez lo menciona en su enciclopédica obra "La Literatura peruana" de manera tan sucinta que se olvidó de incluirlo en el "Índice onomástico", por lo que es casi imposible encontrar la referencia. A pesar de participar en los movimientos dadaístas, ultraístas y surrealistas, no escribe una sola línea durante su etapa de París. Pero hay abundantes menciones de su facilidad para recitar composiciones propias de memoria, sin plasmarlas nunca en papel. Ya casi en la ancianidad (aunque como él decía "los extraterrestres no tenemos edad") publica en ediciones reducidas algunos de sus poemas.

Fallece en Sevilla, mientras se celebraba la Exposición Universal de 1992, aproximadamente a los noventa años de edad, durante la demostración de un motor de su invención que estalló de forma imprevista. La explosión fue de tal magnitud que no se encontraron sus restos en todo el aeródromo de Tablada, por lo que no pudo ser enterrado en el cementerio sevillano de San Jerónimo. Aunque se declaraba agnóstico, se rezó una misa en el lugar del accidente, en contra de los que hubieran sido sus deseos, por iniciativa del capellán del ejército, al que le unía una entrañable enemistad. Asistió el público que había presenciado la demostración, en su mayoría amigos, vecinos y conocidos, que

Pasajeros de otros barcos

milagrosamente no se vieron afectados por el accidente, y algunos intelectuales del partido socialista. Se sabe que a su funeral de "corpore no-existente" vinieron sus hijos de París que depositaron una corona con la bandera francesa, y regresaron a Francia inmediatamente sin dignarse dirigirle la palabra a nadie, ni a su madre Yasmina, "La Marocaine", que estaba allí, casi transparente, pero estaba. Se tiene también noticia que asistió al funeral uno de sus únicos parientes peruanos, hijo de su sobrina Violeta, que se encontraba casualmente viviendo en Sevilla en aquellas fechas.

el desamor de Kristof

***La vida consiste en la preparación
minuciosa de nuestro suicidio.***

L. Tamaral

Una mujer espera, sentada en una cama de Bruselas, rodeada de soledad y de un edredón blanco, está como encerrada en su sueño, por la ventana penetra la luz partida que filtra la lluvia. Reginald tuvo esa fotografía de su madre encima de su escritorio durante muchos años, hasta que un día sin motivo aparente la apartó del sol de Lima y la guardó en un cajón de su escritorio.

Kristof, el padre de Reginald, trabajaba en los ferrocarriles belgas. Era un hombre de mediana edad pero acorralado por la vejez, vestía un mono azul con unas iniciales en la pechera y fumaba permanentemente tabaco negro. A la salida del trabajo se olvidaba de esa mujer grande, de Flandes, silenciosa y aún joven, que lo esperaba en su casa con inquietud desde que veía pasar por delante de su ventana el último tren del día.

El empleado se bajaba diariamente del estribo del vagón correo con la habilidad que le habían proporcionado sus largos años de trabajo, dejándose caer sobre el pie contrario en el andén, sin esperar a que se detuviera la máquina, y llegaba a la barra de la cantina antes de que el convoy consiguiera pararse por completo en la

Pasajeros de otros barcos

Gare Central de Bruselas. "Te vas a caer algún día, Kristof", le recriminaban sus compañeros.

Con manos temblorosas apoyaba en el respaldo del banco corrido a lo largo del muro una carpeta donde llevaba anotadas las sacas entregadas en los diferentes pueblos de su itinerario y se pedía la primera copa. La mala leche que había ido recogiendo durante el día, como si fuera el aire con carbonilla que lo acompañaba en el vagón postal durante el trayecto, se apagaba allí, en el vaso opaco, un poco sucio, que le servía Pièrre.

No hablaba, se sumergía en su segundo itinerario de la noche, el de la confusión gratificante en solitario, que lo llevaría a tomar una y otra copa hasta desaparecer dentro de sí mismo. "Si te obligaran a emborracharte después del trabajo te resultaría insoportable," le decía Pièrre tomándole el pelo, "ya estarías deseando irte a tu casa". Kristof se mantenía acodado en la barra del bar, un poco encogido domesticando su úlcera.

A esa hora solía entrar a la cantina una mujer gorda con un termo grande, la llamaban "madame Soup" porque vendía sopa en tazas de latón y detrás venía otra delgada que traía una tartera con comida sólida a la que llamaban "madame Cacá". Kristof a veces se tomaba una taza ante la insistencia de "madame Soup" que no se la cobraba, pero a "madame Cacá" no le aceptaba nada.

Se marchaba tarde, después de las doce. "Adios Pingüino", le decían los camareros entre risas. Salía andando con pasitos cortos, de allí el apodo, hacia su casa no muy alejada de la

Pasajeros de otros barcos

estación. Ni siquiera estuvo sobrio la noche de 1910 en la que le avisaron que su mujer estaba a punto de dar a luz. Fue Pièrre el que le obligó a marcharse. Su mujer parió sobre el edredón blanco un hermoso bebé rubio. Cuando Kristof llegó y oyó el llanto del recién nacido prestó atención como si escuchara el canto de un ave nocturna del continente africano, donde años atrás había cumplido su servicio militar, e hizo ademán de volverse para atrás. "Es tu hijo", le dijo una vecina casi empujándolo para que subiera por las escaleras.

Al día siguiente, que era sábado, volvió Kristof por la mañana a la cantina. "¡Qué! ¿Ya inscribieron al niño? ¿Qué nombre le han puesto?" le preguntó Pièrre. Kristof se quedó pensativo, buscando algo en el desorden de su mente, y al fin dijo "Aún no. Hemos pensado ponerle un nombre largo, Reginald por ejemplo. La gente importante siempre tiene nombres largos". Luego dudó y añadió señalando a Pièrre con el dedo índice doblado "¿Quieres ser tú el testigo?". El camarero se negó. "Yo no. Tienes que pedírselo a un amigo íntimo tuyo", dijo, como si le respondiera a un niño. "¿Qué amigo íntimo?" preguntó Kristof.

Pièrre, sin dejarle que se lo requiriera por segunda vez, se quitó el mandil de trabajo, se puso una gorra de visera que juzgó muy adecuada para la ocasión y acompañó a Kristof al ayuntamiento. Allí les dijeron que con uno no bastaba, que hacían falta dos testigos, entonces Pièrre se dirigió a un restaurante cercano donde conocía a un colega de profesión que no tuvo inconveniente en firmar como segundo testigo.

Pasajeros de otros barcos

Kristof faltaba cada vez más frecuentemente a su trabajo, en esas ocasiones las sacas de correo se quedaban en el almacén de la estación hasta el día siguiente. El expediente de despido que tramitaba su jefe iba lento "Se nos va a morir antes de que lo echemos", comentaba. Mientras tanto, la úlcera de Kristof latía como una araña ardiente en su duodeno. A nadie le sorprendió que al poco tiempo se cumplieran los vaticinios de su jefe.

"Se ha muerto el Pingüino", comentó Pièrre compungido una mañana más lluviosa que las normalmente lluviosas mañanas de Bruselas, y se puso otra vez la gorra de visera para asistir al entierro, esta vez se la encasquetó bien con un gesto que podía pasar como de mucha hombría, aunque estuviera conteniendo las lágrimas.

A partir de entonces esa mujer grande, flamenca y silenciosa, que ya no tenía que esperar hasta tarde la llegada del funcionario de Correos, cuidó con ternura al recién nacido. Reginald creció sano y taciturno, y nunca, durante toda su vida, se le oyó nombrar a su padre.

la aflicción de Violeta

... ha creído, me dice, percibir melancolía en mi carta, se equivoca; no tengo en este momento ningún motivo de tristeza: aunque la felicidad de las almas sensibles siempre lleva algo de melancolía...¹

Violeta tenía los pies chiquitos y los ojos grandes. Se vestía de blanco para mantener vivo ese amor demorado, a través de una correspondencia epistolar que escribía en secreto, encerrada en esa casona que al final alquilaron para consulado del país remoto de donde provenían. La casa tenía la inexplicable característica de que sus pasillos y galerías fueran más luminosos que la calle exterior. Violeta deambulaba como un fantasma soleado, imaginando historias para no enfermar de aburrimiento, por los pisos superiores, los que daban a la *rue de la Loi* y desde donde se divisaban las torres de la catedral de *Sainte Gudule*.

Las cartas de amor que recibía de Reginald las leía apoyada en las ventanas, pegando los nudillos y la frente en los cristales, luego, antes de responderlas, las colocaba marcando las páginas de la novela de madame de Staël que leía sin prisa, con temor a llegar al inevitable capítulo que empezaba por: "Veinte años después...". En esos

¹ Delphine de madame de Staël

Pasajeros de otros barcos

casos cerraba el libro decepcionada. Lo que ocurriera después de tanto tiempo no le interesaba, presentía que los personajes después de vivir experiencias independientes durante períodos tan largos se habrían olvidado unos de otros. Con mayor motivo si sus vidas se iban a desarrollar en continentes distintos, con otro idioma, otras costumbres. Sin embargo cuando reabría el libro tenía la grata sorpresa de comprobar que no sólo no se habían alejado sino que sus sentimientos continuaban intactos y en algunos casos fortalecidos, entonces aumentaba su interés por conocer el desenlace de esas historias repletas de añoranza que sostenía entre sus manos, aunque en el fondo estuviera convencida que esa suerte sólo la disfrutaban los personajes de ficción porque en la vida real el olvido llega muy rápidamente.

En esos días finales de su larga estancia en Europa, que su madre pasaba ordenando la ropa en los baúles-ropero para abandonar Bruselas y volver al Perú, le embargaba una sensación de extrañeza, como si presintiera que al zarpar el barco la mitad del mundo iba a hundirse irremediabilmente a sus espaldas para siempre.

...Imagine de qué sentimientos amargos me he tenido que nutrir... y sin embargo nunca la naturaleza había creado un corazón más ávido que el mío para ser dichoso...

Las únicas ocasiones para ver a Reginald se presentaban en las reuniones diplomáticas de las embajadas de países de nombres desconocidos

Pasajeros de otros barcos

por Violeta. Él trabajaba en el consulado español y se las arreglaba para ser invitado a esos cócteles, para poderse acercar con disimulo a la familia y a veces entablar animadas conversaciones con el padre de su novia que ignoraba los sentimientos de ella hacia ese belga que aparecía casualmente en las fiestas a las que asistían. Cuando la situación se prestaba, Reginald se aproximaba tanto a Violeta que podía bajar el brazo libre de la copa y buscar con la punta de los dedos la mano que ella no retiraba y que le respondía con rápidas presiones de sus yemas.

Reginald vivía únicamente con su madre desde la muerte de Kristof. Llevaba una vida solitaria, los sábados se aprovisionaba de buena lectura en una librería de las *Galleries de la Reine* para pasar el domingo leyendo en su casa. El resto de la semana lo dedicaba a la oficina española de Charleroi donde en sus ratos libres averiguaba las invitaciones diplomáticas a las que podían asistir los padres de Violeta.

La última vez se habían encontrado en la embajada húngara, donde parejas de zíngaros bailaron entre risas y besos hasta el amanecer. Reginald se le había acercado como siempre, bajo la mirada escrutadora de su madre, y en un descuido había logrado pasarle una nota: "Tenemos que vernos antes de tu partida. Te espero mañana sábado a las seis de la tarde en *Sainte Gudule*."

***Mi corazón... es aún muy joven para sufrir
de la soledad, del desamor, cuando todo
lo que veo me lo recuerda...***

Pasajeros de otros barcos

El muro de piedra rebosaba musgo, un sol bajo y lejano estrangulaba entre las verjas las flores de invernadero, había un silencio de campanas invisibles, de estatuas soterradas, el jardín se estiraba preparándose para recibir la oscuridad o el vacío. Reginald temió que Violeta no acudiera a la cita. Pero ella había logrado salir a pesar de que su hermana Margot, la más pequeña de la casa, la había delatado. La inquebrantable complicidad de su ama, Maricucha, y un dolor de cabeza simulado le dio la posibilidad de hacerlo por la puerta trasera.

Reginald llegó casi corriendo, con las manos demasiado pulcras de lavarse exageradamente la tinta de imprenta del periódico que publicaba en castellano para los mineros españoles de Charleroi. Ella ya lo estaba aguardando cerca de una de las puertas laterales. El aire mecía suavemente los encajes de su falda blanca, ceñida su cintura con una banda celeste que la hacía aún más delgada que en las reuniones diplomáticas. Reginald sintió entonces la necesidad de darle ese primer beso que nunca se habían dado, ella lo esperó entrecerrando los ojos y cuando separaron sus labios lo miró sin decirle nada.

la ilusión de Reginald

Cuando el 13 de enero de 1934, en pleno verano austral, Reginald se asomó por la cubierta del vapor procedente de Amberes fondeado a unos centenares de metros en la rada del Callao, se pudo divisar que iba vestido con un impecable terno blanco, como le indicara equivocadamente el padre peruano de su novia en el curso de una conversación sobre el Perú entablada en alguna embajada europea. Le había costado mucho trabajo encontrar un corte de tela de esas características en Bélgica para mandárselo a hacer a la medida, y ahora al fin tenía la ocasión de lucirlo, destellando al sol, como se suponía debieran llegar todos los europeos a América. Se quitó el fino sombrero jipijapa que había adquirido en la escala del Canal de Panamá e hizo aspavientos desde lejos a modo de saludo cinematográfico. Al descubrir su cabeza y retirarse la sombra de la cara, se percibió claramente que se había dejado crecer los bigotes y que al ser algo más oscuros que su pelo le daban un exótico aire de ex mexicano de frontera, rubio y gritando algo en español.

Durante el transbordo del barquito que lo traería a tierra no dejó de saludar con el sombrero exponiéndose a su primera insolación subtropical. En la otra mano llevaba un paraguas negro plegado que apoyaba para mantenerse en equilibrio de pie en la pequeña embarcación. Con su mirada angustiosamente azul intentaba descubrir a Violeta

Pasajeros de otros barcos

entre la abigarrada muchedumbre que esperaba en tierra. Pero a ella la familia no le había permitido ir al puerto a recibirlo, por el contrario, en el muelle lo esperaban en silencio los seis hermanos de su novia sin que se supiera exactamente si pretendían pegarle una paliza o acogerlo festivamente.

Como primera medida lo llevaron a las chinganitas bajo las palmeras sucias de la avenida Colonial que arranca del puerto, para que probara los aguardientes autóctonos. Bebió mirando esos árboles que simbolizaban todo el exotismo suramericano crecido en la inmundicia de un descampado, el Callao era el puerto más sucio de todos los que había visitado al descender por la costa del Pacífico, pero él veía lo que quería ver: la luminosa tierra imaginada durante meses. Sólo la neblina azul enredándose en las palmeras le demostraba que se encontraba en el hemisferio sur a orillas del océano Pacífico.

En otros sitios más civilizados se sirve el aguardiente de melocotón o de manzana introduciendo una de estas frutas en la botella, pero en el Callao le dieron pisco de serpiente. Reginald era abstemio, bebió para hacer los honores a la tierra y granjearse la dudosa simpatía de sus próximos cuñados. Por ese motivo, cuando al fin se presentó ante Violeta, se encontraba en la situación lamentable en la que puede caer un europeo extremadamente flaco después de haber ingerido con generosidad alcoholes peruanos.

La que se suponía que iba a ser su suegra, doña Rosaura, no se ablandó ante ese extranjero que había perseguido a su amada por todos los cócteles diplomáticos de Europa y luego no había

Pasajeros de otros barcos

dudado en ahorrar dinero para comprarse un terno blanco y embarcarse al Perú. Encima se había embriagado, para gran diversión de los hermanos de Violeta. La remota posibilidad que tenía de hospedarse en la casa de sus futuros suegros, aunque hubiera sido en la habitación de servicio bajo siete llaves sin ni siquiera permitírsele salir al baño, se esfumó entre los vapores etílicos que despedía.

Tuvo que alojarse donde las hermanas Jiménez, dos señoritas solteras de una distinguida familia venida a menos que al quedarse huérfanas abrieron una pensión en el centro de Lima para ganarse la vida. Allí lo dejaron entre risas los zafios hermanos mellizos de Violeta, Marcelo y Mariano, y él se durmió enseguida.

Los padres de su novia decidieron entonces aplazar la fecha del matrimonio sine die, con el fin de reconsiderar la aprobación que en principio habían dado por carta. Fue entonces cuando Violeta cayó enferma.

A Reginald lo despertaron a gritos al cabo de unas horas. Se incorporó vestido sobre la cama, con el jipijapa arrugado debajo de la espalda, e inmediatamente cayó en la cuenta que durante su alborotada llegada a suelo peruano le habían sustraído el equipaje: dos maletas amarradas con una correa donde su madre le había ordenado con pena su ropa blanca y unas camisas. Los únicos objetos que conservaba eran el paraguas y una máquina de fotos de fuelle colgada al cuello.

Circunstancialmente se le había puesto cara de culpable, culpable de ser extranjero, de no comprender bien la lengua vernácula que se

Pasajeros de otros barcos

hablaba en esa pensión, de haberse dejado emborrachar y robar, de haberse quedado dormido, de no reconocer a toda esa gente que rodeaba su cama. Se le pasó por la mente que lo venían a linchar, que sólo lo salvaría su docilidad y la expresión relajada del rostro que no le costaba ningún esfuerzo mantener debido al cansancio que soportaba.

En primer término veía a un policía gordo que le hablaba mientras anotaba algo en una libreta; a su lado, entre gente desconocida, las dos hermanas Jiménez que parecían embadurnarlo con la mirada, detrás dos niños a los que había oído en sueños gritar durante toda la tarde:

*Gringo bachiche
saca tu pichi
pa'hacer seviche...*

El uniformado, que era el comisario del distrito centro, le apremiaba para que hiciese una declaración exhaustiva de los bienes que contenían las maletas. "No lo sé", decía Reginald, "ropa, sólo ropa" repetía arrastrando las erres ante las carcajadas y disfuerzos de los niños. "¿Pero no decía usted que habían encontrado las maletas?" intervino una de las hermanas Jiménez. "Así es señorita, pero para podérselas devolver, el caballero nos tiene que confirmar su contenido".

Por el patio subía un penetrante olor a orines y a jergón de perro. Las fórmulas de respeto del interrogatorio parecían pronunciadas en broma.

"Empecemos por el principio. ¿Cuál me había dicho que era su gracia?" Inquirió el policía. Al no

Pasajeros de otros barcos

recibir respuesta sino una azul, casi nublada, mirada de extrañeza, aclaró la pregunta "Su nombre, su nombre caballero".

Reginald, en lugar de reponder al comisario, repreguntó con timidez "¿Qué hace falta para me las devuelvan?" Y el comisario lo miró con un esbozo de sonrisa altanera, pensando en la simplicidad sintáctica y mental con que llegan los extranjeros.

"Necesito saber sus datos ¿no comprende? habrá que completar muchos trámites", sentenció moviendo la cabeza como un médico de cabecera ante un enfermo desahuciado. Enseguida añadió "¿Tiene algún garante en suelo peruano?", entonces Reginald se atrevió a mirarlo de frente. "Ninguno", dijo, "estoy solo".

Pasajeros de otros barcos

ceremonia del amor y de la muerte

Una sola fotografía del enlace de destinos de mis padres quedó registrada en la máquina de fuelle que Reginald trajo de Bruselas. La boda se celebró una mañana nublada en la iglesia de los jesuitas del centro de Lima. Fue la única constancia gráfica de la ceremonia y yo tuve la oportunidad de recrearla muchos años después.

El 11 de mayo de 1948 tembló la tierra en Lima durante todo el día. A las once y diez de la mañana se produjo el mayor movimiento. Un baúl de madera que había en el rellano de la escalera de mi casa, y que yo nunca había visto abierto, se separó del muro y salió dando brinco hasta quedarse en equilibrio en el peldaño más alto del tramo. El segundo remezón lo hizo rodar para abajo con estruendo. Cayó al lado del teléfono que increíblemente sonó en ese instante: era mi padre que llamaba desde su oficina para preguntar si estábamos bien, si la vieja casona de Miraflores había resistido.

"No te preocupes, Reginald", le contestó mi madre en francés mirando de reojo el baúl reventado y su contenido revuelto a los pies del gran cuadro de mi abuela, "todo sigue igual".

Después de colgar el fono empezó a revisar el desordenado vestuario con el mismo sosiego que examinaba las prendas cuando venía la lavandera con la ropa limpia. Apareció el frac de mi padre con las piernas colgando y yo imaginé su cara asomada entre las solapas, luego me mostró un vestido largo

Pasajeros de otros barcos

blanco. Cogió unos velos con la complacencia de los magos que saben que su truco es muy antiguo y que no falla, dejó que flotaran sobre su cabeza sujetándolos con una cinta un poco amarillenta. Le noté cierto aire a santa Rosa de Lima que no me gustó nada porque la santa se colgaba de los pelos y se hacía sangre. Mientras tanto todo vibraba, los objetos eran sacudidos por una tormenta interior que los lanzaba contra el suelo y estallaban con violencia y debajo de las losetas se oía palpar la tierra como si estuviera escarbando un premioso animal prehistórico. Mi madre sonreía y hacía tímidas morisquetas bajo los velos, aun no le había cogido pánico a los temblores, por entonces sólo temía a los gatos. Supongo que ella me hacía gracias para quitarle dramatismo a la situación, y finalmente para evitar que me echara a llorar me cogió del brazo y tarareó la marcha nupcial mientras subíamos corriendo por las escaleras de mármol que se cimbreaban como si se hubieran vuelto blandas. Me recorrió entonces un temblor huraño de miedo y alegría por todo el cuerpo y ni siquiera nos dimos la vuelta cuando oímos caer estrepitosamente el cuadro de mi abuela contra el teléfono.

El matrimonio de mis padres, al que yo asistí indirectamente esa agitada mañana, duró cuarenta y cinco años. En el largo período que vivieron juntos me dio tiempo a irme, a exiliarme de mi infancia, sin retorno. En el Perú dejé mis cuadernos, mi lápiz azul, mis Navidades y sólo me llevé unos zapatos usados, lejos, donde empecé a

Pasajeros de otros barcos

vivir solo, como un extraño. Pero en el último momento ella vino a buscarme, estirando como pudo su leucemia viuda, a verter en Sevilla su sangre tan rica en hormonas femeninas. Traía únicamente una maleta pequeña, como si no necesitara nada más para el resto de su vida. "Sólo te pido una cosa", me dijo en el aeropuerto casi empinándose para que oyera mejor su débil voz, "si muero aquí, quiero que me devuelvas al Perú, al lado de tu padre".

El azar hizo que así sucediera y que el día que murió coincidiéramos otra vez solos ella y yo; fue una mañana serena que prefirió quedarse en la cama con su camisón claro. Me pidió que le alcanzara un peine grande que dejaba en el alféizar y unos pomitos de polvos y cremas. Se maquilló como siempre lo había hecho desde que yo era niño y entraba descalzo y en ayunas a su habitación y me impregnaba de su cuerpo caliente. Noté que para quitarle dramatismo a la situación, me hacía unas morisquetas esta vez muy mesuradas y sin velos, acariciándome con la mano que noté fría, me dijo: "qué bonita es la camisa que llevas puesta". Se quedó en silencio, arreglada como esperando para irse a un cóctel con mi padre. Entonces todo se detuvo, como si hubiera pasado un fuerte terremoto, como el de 1948. Ni siquiera entraba una ñisca de brisa por las ventanas en el momento que dejó de respirar.

Cuando abrí la pequeña maleta que había traído de Lima vi que allí guardaba el frac, los velos y el vestido blanco.

Pasajeros de otros barcos

Goliat, mi tía Margot y la Virgen de Murillo

Cuando mi tío Roberto detuvo su Studebaker recién comprado a la sombra del ficus de la avenida La Paz, pensé que había venido marcha atrás, porque en ese modelo de 1949 la parte delantera era exactamente igual a la trasera.

Mi tío se bajó orgulloso y su novia permaneció dentro del automóvil. Nos abrió el motor para demostrarnos que lo llevaba delante, luego abrió el maletero posterior y extrajo un saco de arpillera con algo que pataleaba dentro.

-Toma-, me dijo- lo iban a tirar al río.

Ese fue Goliat, era un cachorro incomprendible, cruce de collie con pekinesa, que se quedó enano. Luego mi tío partió y comprobamos que el auto andaba para adelante como todos los demás. Su novia, Grimaneza, nos despidió con la mano sin bajar la ventanilla.

Esa tarde también llegó mi tía Margot del Ecuador. No la conocíamos. Se fugó de joven con un diplomático ecuatoriano y no había vuelto más a Lima. Llegó en un taxi con sus maletas y un gorro y yo me figuré que de esa guisa había venido desde Guayaquil. Le pregunté al taxista si era ecuatoriano pero él hizo ademán de darme un puñetazo.

Mi tía Margot nos inspeccionó de arriba abajo y no contestó a nuestras preguntas. Entró decididamente a mi casa por la puerta del garaje. La oí hablar con mi madre de la herencia de mi abuela y de vez en cuando se refería a un cuadro

Pasajeros de otros barcos

de Murillo. Al cabo de un par de horas llamaron por teléfono a otro taxi y salió de mi casa con sus maletas sin abrir, pero esta vez por la puerta principal, deteniéndose y gesticulando en ecuatoriano. Al pasar a mi lado, esquivando las semillas de pelotitas que soltaba el ficus, me miró con el cachorro en brazos y levantó los hombros y las maletas en un gesto de espanto. No sé si fue por lo feo que era Goliat o porque a lo mejor iba yo vestido de mujer, porque mi madre trató de superar la decepción de mi nacimiento masculino después de dos hermanos mayores, vistiéndome con atuendos femeninos durante mis primeros años. El caso es que Goliat me siguió acompañando durante mucho tiempo y a mi tía Margot no la volví a ver en mi vida.

El lienzo de la virgen con el niño estaba en mi casa, enmarcado sencillamente en madera barnizada, colgado en la pared del fondo de la sala que tenía las ventanas romboides de vapor fluvial. Al entrar me encontré a mi madre de pie mirando el cuadro, se dio la vuelta y al verme a mí con Goliat en brazos se sonrió. Yo dejé inmediatamente el cachorro en el suelo y se orinó delante de la virgen.

Mi bisabuela tenía tan mal carácter y era tan viajera como mi abuela. Para mi familia Francia debió estar muy cerca de Lima, como Chosica más o menos, porque en cuanto podían se iban a París. Mi bisabuela de soltera vivió cierto tiempo en Europa dedicada al arte, a la adquisición de cuadros y a coquetear con los alumnos de *L'Ecole des Arts* de París. Vivía obsesionada por los grandes pintores. Solía ir al Louvre a comprar las copias que los estudiantes hacían al pie del original.

Pasajeros de otros barcos

Un domingo arrasó con todos los cuadros antiguos del *Marché aux Puces*. Cuando volvió al Perú, su equipaje consistía en muchas cajas que guardaban una extraña pinacoteca de falsos Murillos, Botticellis, Caravaggios, Zurbaranes... Felizmente, la casa de la calle Polvos Azules tenía suficientes galerías y corredores para decorarlos con coloridos paisajes y llenarlos de malas copias de vírgenes y caballeros renacentistas de mirada inquietante, algunos a caballo. Todos se colgaron en marcos de madera oscura, excepto uno, la virgen con el niño en el regazo, un "Murillo", que fue a parar al salón principal de la planta baja en un marco de plata que mi bisabuela mandó labrar expresamente a su medida. A mi madre le gustaba su sonrisa.

En 1881, cuando los chilenos lograron vencer la resistencia de las trincheras del Reducto de Miraflores y entraron a Lima, mi bisabuela decidió salvar del saqueo al "Murillo". Desmontó el lienzo de su marco de plata, lo dejó enrollado en el desván entre otras cosas inservibles y en su lugar puso un óleo del Libertador chileno Bernardo O'Higgins con la evidente intención de aplacar de alguna manera la furia de la soldadesca araucana.

Gracias a la astucia de mi bisabuela se salvó la virgen del saqueo de Lima. Cuando después de la guerra mi familia volvió a la casa de Polvos Azules encontraron que los chilenos habían hecho fogatas con los muebles y los cuadros para fundir en una bola el marco de plata del cuadro y llevárselo como un grillete, pero la virgen y el niño seguían enrollados en el desván y a O'Higgins lo encontraron tirado en el cuarto de baño de servicio.

Pasajeros de otros barcos

Mi madre miró casi con curiosidad la orina de Goliat que formaba un arabesco nuevo en la alfombra.

-¿De dónde lo has sacado?- me demandó extrañada.

-Lo iban a tirar al río, es chusco- le contesté-.
Mi tío Roberto lo salvó.

Luego me preguntó señalando el cuadro:

-¿Te gusta?

-Es muy bonito- le respondí mientras Goliat me mordisqueaba las sandalias.

-Me lo regaló mi papá cuando murió tu abuela. Me lo trajo personalmente, quería que lo heredara yo. No tiene ningún valor artístico, pero la sonrisa de esa virgen acompaña desde hace casi un siglo a la familia, desde que lo compró tu bisabuela en Francia. ¡No saldrá de esta casa se ponga Margot como se ponga!

El hecho de haber estado enmarcado en plata de ley y haber sido el único cuadro que mi bisabuela trató de proteger de la barbarie chilena hizo pensar a los más avispados miembros de la familia que se trataba realmente de un original de Murillo.

Desde que mi abuelo se lo entregó a mi madre empezó el acoso a mis padres para convertir el pretendido Murillo en billetes de banco y repartírselo entre los hermanos. Los mellizos se presentaron una noche en mi casa con un policía para llevárselo a punta de pistola. Habían emborrachado al guardia en el chino de la esquina y le convencieron que debía rescatar una obra de arte de las manos de un cónsul extranjero. El

Pasajeros de otros barcos

policía se sentía un héroe nacional, pero nada pudo con su arrojo ante la determinación de mi madre.

Mi padre logró que el marqués de Lozoya viera el cuadro en uno de sus viajes al Perú. Lo descolgó de la pared y después de examinarlo breves minutos al lado del ventanal que daba a la calle disimuló su sonrisa para decir: "Es una buena copia, digna de estar en un salón como el tuyo, Fernando, pero nada más". Para mi padre no era una sorpresa y seguidamente se sentaron a tomar un whisky y comentar las "correrías artísticas" de mi bisabuela en París.

Luego, durante los meses que la casa permaneció vacía debido a un viaje de mis padres a Europa el cuadro fue misteriosamente sustraído de la sala. Cuando regresaron mis padres en la pared sólo quedaba la alcayata a la que había estado colgado. Los sospechosos ladrones familiares no tuvieron en cuenta que mi padre había tomado la precaución de mandar hacer una copia a un pintor local y colocarla encima de la chimenea. Se llevaron pues la copia de una copia que valía menos que nada. Fue la segunda vez que se salvó la virgen.

La tercera vez no fue necesaria. Cuando murió mi madre empezaron a sonar las llamadas por teléfono, eran algunos de mis cuarentaiocho primos interesándose por el destino del "Murillo". Entonces mi hermano mayor descolgó la virgen, se la llevó a la viuda de mi tío Roberto y le dijo:

-Mira Grimaneza, tú eres la más joven de la generación de mis padres, luego a ti te toca ahora conservar el cuadro, yo no quiero líos.

Pasajeros de otros barcos

Hacía ya más de veinte años que Goliat había muerto. Así fue como mi perro chusco que no era ni collie ni pekinés y la pretendida Virgen de Murillo obra de un pintor espurio francés desaparecieron de mi casa. De mi tía Margot no volví a saber nada más.

Manuela

El padre de mi madre era bajito, canoso, con ojos de estar permanentemente esperando algo. No se alteraba cuando mi abuela Rosaura levantaba la voz para dar órdenes ni cuando mis seis tíos discutían, esperaba que pasara la bulla para decir una frase conciliadora que normalmente nadie replicaba. Como médico pensaba que lo fundamental era la salud y como persona creía que había que amar la vida intensamente. Sin embargo, cuando murió su mujer, dejó de hablar y de tocar el piano.

A mi abuelo le gustaba oír por la radio las noticias de la una de la tarde y fumar puros habanos. Por eso aquel lunes que vino a mi casa a medio día le dijo a mi madre que encendiera la radio de la salita de la escalera. La llamó Ñanita como la llamaba Maricucha y no Violeta como él acostumbraba. Mi abuelo iba a cumplir entonces setenta y siete años.

Aquel día había venido en su viejo Packard, con sus zapatos nuevos, los de los adornos y puntera blanca, olía menos a tabaco y más a una loción de flores. Escuchó atentamente los titulares: "Estados Unidos se preparaba para intervenir en la guerra de Corea... En España se casaba la hija del general Franco con el marqués de Villaverde... El Papa Pío XII proclamaba el dogma de la Asunción de la Virgen...".

Al terminar las noticias empezó a hablar él muy bajito, con la voz velada, carraspeando, y no

Pasajeros de otros barcos

pude enterarme de lo que conversaba con mi madre. Pero ella le respondía con exclamaciones "¡Papá, eso no puede ser!" "¡A tus años!" "¡Pero dónde la has conocido!", teniendo como fondo musical el bolero **No me quieras tanto** en las voces del trío Los Panchos, porque mi madre en su ofuscamiento se olvidó de bajar el volumen de la radio.

Manuela apareció en la vida de mi abuelo de forma casual y unas semanas después se casaron en secreto en la misma iglesia de las Reparadoras en la que se conocieron cuando ella un domingo le apartó el sombrero para que mi abuelo no se sentara encima después de haberse arrodillado. El se lo agradeció primero con la mirada y al terminar la misa con unas palabras que fueron las primeras que pronunció desde el fallecimiento de mi abuela. Manuela en aquella ocasión únicamente le sonrió. A partir de allí se vieron a escondidas todos los días. Ella era veintisiete años menor que él.

La ceremonia matrimonial duró poco y él salió del templo como buscando alguna cara conocida entre los transeúntes, aunque sabía que nadie aprobaba su boda y que nadie asistiría. Manuela lo cogía de la mano con ternura. Sólo nosotros, en nuestras bicicletas, los escoltamos desde lejos. Se fueron andando por la acera en sombra hasta su casa victoriana.

Mientras él abría una de las hojas de la puerta de entrada, ella se empujó para coger un ramito de jazmines sobre el muro. Unos años después, en el entierro, vi cómo fue necesario abrir las dos hojas de esa puerta para que pasara el féretro; el jardín estaba lleno de parientes; mi hermano mayor me

Pasajeros de otros barcos

advirtió que no sonriera, que iba a parecer que me alegraba de la muerte de mi abuelo; mi tía Carmencita había pasado ese invierno en Italia y regresó con la dentadura blanca como una actriz de cine. Pero a Manuela no se la vió. Parecía como si toda la familia se ajetreara en su ausencia por recuperar a mi abuelo muerto.

También me di cuenta que las coronas de flores olían mal. Y Maricucha se vino esa misma noche a vivir con nosotros.

Pasajeros de otros barcos

cinco días al borde del vacío

Nos había costado mucho trabajo llegar hasta Churín. Yo diría que ese Buick enorme en el que viajábamos, azul como una ballena, se había ido tragando con su dentadura cromada la tierra y las piedras pequeñas del camino, pero las medianas y las grandes obligaban a mi padre a detenerse y entre él que no era un atleta y yo que era un niño las empujábamos hasta la cuneta. A veces caían barranco abajo rebotando como cabezas de estatuas vivas y me daba la impresión que miraban para atrás, nos miraban como a intrusos en ese silencio quebrado de los precipicios, bajo un cielo rocoso, vertical, del que se desprendían las piedras. Cuando llegamos nos enteramos que habíamos tenido mala suerte, un terremoto había removido los cerros la noche anterior, les había abierto nuevas heridas y nosotros habíamos pasado entre sus grietas sin saberlo.

Informamos al gerente del hotel del estado de la carretera: hasta Sayán no hay problemas, la huella está limpia, pasado el tambo de las afueras se empiezan a oír las piedras que caen sobre la carrocería, "como un aguacero seco" precisó mi padre. De allí para arriba hay que ir con cuidado para no despeñarse, si no hay espacio para esquivar las rocas grandes hay que bajarse a quitarlas. Hay viento pero no se ve nieve. El peor tramo es la cuesta del zig zag a medio camino.

Pasajeros de otros barcos

Se nos notaba cierto orgullo al contarlo y el empleado del hotel nos miraba escéptico mientras nos mostraba unas habitaciones asimétricas recubiertas de cal gruesa con unos coloridos camastros cubiertos de colchas serranas. "Todavía no hay luz, la dan a las seis", nos advirtió. No nos importaba, al fin habíamos logrado subir al balneario de aguas termales que le recomendaron a mi padre para ese dolor en el hombro que luego se le agravó con el arrastre de piedras. A mi madre le había gustado la idea, pensó que le vendrían bien esas aguas sulfurosas que echaban vapores, por lo menos para el cutis.

A la mañana siguiente nos sumergimos en la piscina-fuente de aguas verdes de la que se desconocía su profundidad; "depende de la época del año y de las lluvias" nos respondió el hotelero. Salíamos de ella con una película aceitosa sobre la piel que era difícil de quitarse con jabón. Noté que mi madre ya no tenía un cuerpo joven, que la ropa de baño le apretaba demasiado en las caderas. Pero mi padre estaba contento porque decía que el vino de las comidas era bueno. Sin embargo, a mí me parecía que el contenido oscuro de la botella no se consumía; llegué a ponerle una marca con lápiz a la etiqueta para verificar el nivel. Comprobé que descendía pero que inexorablemente a la comida siguiente el líquido volvía a llegar a la línea que yo había pintado el día anterior. Mi madre miraba todo con un poco de extrañeza, pero no le sorprendió lo de la raya del vino que yo le comenté. Dormíamos mal, por la noche yo contaba estrellas y oía los árboles y a mis padres conversando en francés.

Pasajeros de otros barcos

El tratamiento previsto era de una semana, pero al quinto día mi madre se negó a bañarse. Nos hizo una confesión desconcertante: "No veo el agua", nos dijo, "no me atrevo a meterme, sólo veo el agujero". "Tampoco veo el cielo" continuó, "es como si lo hubieran recortado con una tijera". Luego nos aseguró que desconocía dónde se encontraba y que tampoco recordaba que se llamara Violeta. Mi padre preguntó inmediatamente por un médico. No había médico. Un señor que fumaba sin parar sentado en una silla de mimbre y que sabía poner inyecciones le recomendó amablemente que la bajáramos otra vez a la costa.

Nos metimos al Buick a medio vestir, con las maletas abiertas y su olor nos recordó nuestra casa. Mi madre lo dijo y sonrió por primera vez en todo el día, yo también me sentí mejor. En la carretera encontramos menos piedras, los acantilados se habían acomodado de nuevo en su sitio, y otros viajeros como nosotros habrían retirado de las huellas las últimas rocas. Mi madre se dio la vuelta en el asiento para sonreírme y mi padre se puso a cantar un área de La Traviata, entonces ella le susurró que se callara. En lo más profundo del barranco del zig zag vimos un camión despeñado, no se podía distinguir si quedaba alguien vivo entre el desorden de hierros y tablas que había junto al río.

Antes de llegar a Sayán nos abrigamos un poco y bajamos a tomar algo en el tambo que parecía abandonado. Ya estaban enterados del accidente del camión, habían visto pasar a los muertos cuando aún estaban vivos. Mi madre tomó café a sorbitos cortos, como siempre. Sólo se la

Pasajeros de otros barcos

veía ojerosa y un poco despeinada. Mi padre soltó el llavero encima de la mesa metálica y puso su mano con rasguños sobre los dedos quietos de mi madre que ella retiró con un gesto suave para comentar sonriendo: "Ha sido bonito el paseo ¿verdad?". No le contestamos y nunca más nos atrevimos a continuar la conversación sobre lo que había ocurrido.

pájaros sin alas

Abrió una maleta ajada como una flor de fieltro negro y relumbraron a la luz plateada de la costa las hojas de los puñales. "Peces mortales" dijo el vendedor ambulante con una mueca que no llegaba a ser sonrisa bajo el sombrero. Yo sentí una punzada en la ingle y la lengua se me retorció como un molusco, cada uno acusó el golpe a su manera y nos acercamos a poner las yemas de nuestros dedos sobre la hilera de aceros fríos. El hombre de piel acartonada nos iba diciendo los precios a medida que señalábamos las extrañas formas de los cuchillos. Nos quedamos con los más puntiagudos y sacrificamos la película del domingo en el cine Colina y los helados de Bigote'palo para pagarlos.

Esa tarde estuvimos pendientes de la flauta del afilador y a él le dimos nuestras últimas monedas para convertir las hojas de acero en auténticas navajas capaces de cortar el aire a rebanadas. Las blandíamos quitándole capas al cielo nublado, las hacíamos refulgir como víboras extrayendo con un ligero movimiento de muñeca los últimos rayos de sol del fondo del océano y en una sola carrera con los cuchillos en la mano atiborrábamos el alto malecón de pájaros chillones. De niños mi padre nos llevaba a mi hermano y a mí al parque Salazar a ver cómo rellenaban el barranco. "Va a ser un parque con una vista preciosa sobre el mar, se podrán ver hasta las islas

Pasajeros de otros barcos

de la Polinesia", opinaba mi padre entusiasmado sin soltarnos de la mano. Argumentaba que en Holanda así le habían ganado terreno al mar. Todas las tardes nos acercábamos con la ilusión de ver el acantilado convertido en una extensión verde con geranios, pero encontrábamos una ruidosa polvareda de camiones descargando escombros. "Ya se va rellenando" trataba de convencernos mi padre, demostrando un optimismo indestructible, como si estuviera en el secreto de los grandes movimientos de tierra de la armazón del mundo, de hecho nosotros pensábamos que el que dirigía las obras clandestinamente era él. En cambio nos parecía imposible que algún día pudiéramos caminar sobre el mar, por encima de lo que en esos momentos no se veía más que como un puente de viento en nuestra imaginación.

La tarde que compramos los cuchillos bajamos por la tierra aún fofa hasta la playa de los pelícanos imitando a John Wayne y su cuadrilla. Comprobé que mi padre tenía razón, al cabo de un par de años de descargar tierra, el talud había empezado a alzarse desde abajo hacia el malecón. Cuando llegamos a la playa y saltamos a la estrecha franja de arena las aves más sabias levantaron vuelo con estruendo de aviones. El pelícano más valiente, o más cobarde o más viejo, se enfrentó a nosotros con las tijeras abiertas de su pico. La brisa nos arañaba las piernas y notamos el océano crecido, crecido como una marea de malos sueños.

¿Qué detestable perversidad advertimos en el huesudo plumaje de ese pájaro para que nos decidiéramos a apuñalarlo? ¿Qué palabras podridas recorrían los canales salados de su pico

Pasajeros de otros barcos

para que lo injuriáramos de esa manera? ¿Qué movimiento mecánico de sus patas despertó tal agilidad y tal odio en nuestros dedos? ¿Qué extraño desajuste sobrevino esa tarde entre nosotros y los pájaros, entre los peces mortales y nuestras manos? ¿De qué futuros agravios íbamos a vengarnos?

El pelícano fue traspasado varias veces por nuestros gritos y cuchillos, hasta caer en la arena derramando una sangre espesa y blanca como de insecto monstruoso. Recuperamos y lavamos los puñales en el mar, y fue entonces que apareció un pingüino saltando entre las rocas, rodeó al pájaro muerto y emprendió una torpe carrera por la orilla. Creo que en ese momento estaba anocheciendo de manera general en todo el universo.

Si hubiéramos sido buenos estudiantes habríamos sabido que por la corriente fría de Humboldt suben especies polares hasta el Ecuador, pero nosotros nos quedamos atónitos ante el pez-pájaro. Salimos corriendo tras él y se dejó atrapar echándole una camisa por encima. Su cuerpo al tacto parecía estar lleno de aire negro como un muñeco inflable del verano anterior. Jadeaba ahogado de calor, se defendió poco y nos lo pudimos llevar a casa con cuidado de no pincharlo, llenamos de agua la tina del baño y vaciamos de cubitos de hielo todas las neveras de los amigos del barrio para enfriarla.

Nuestro pingüino parecía sentirse a gusto en su pequeño lago cerámico aunque se resbalaba haciendo aspavientos y se quedaba mirando los grifos y cañerías como si fueran alimañas. Comió sardinas en aceite, tres o cuatro latas robadas en la cocina a Maricucha y entonces nos miró con ojos

Pasajeros de otros barcos

redondos y se acostó. Allí pasó la primera parte de la noche, exactamente hasta que llegó mi madre de una cena en la embajada de Chile. El pingüino sacó la cabeza del agua en el momento en que ella se sentaba en el water para hacer sus necesidades. Al verlo se levantó dando gritos y nosotros comprendimos su aturdimiento, sus vahídos y su obsesiva referencia a no haber probado ni gota de alcohol durante el convite. Lo malo fue que mi padre al oírla interpretó que había un ladrón en el baño y fue a buscar la pistola que guardaba sin estrenar en su mesa de noche. Pudimos librar a nuestro pingüino subiéndolo a la azotea y metiéndolo en una batea grande ya sin hielo suponiendo que no pasaría calor bajo las estrellas. A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, lo devolvimos al mar. Le compramos unos pejerreyes en el muelle de pescadores que devoró con avidez y se internó nuevamente hacia la corriente de Humboldt a pasitos cortos. El pelícano seguía tirado en la playa como un trapo inmundo, ahorcado en su propia sangre, la brisa le levantaba las plumas traseras dejando entrever su osamenta ortopédica, ya olía mal. Hicimos un agujero a cuatro manos y lo enterramos. Encima dejamos clavados los puñales en cruz.

Mi padre tenía razón. Algunos años después se terminó de rellenar el barranco y se hizo un parque con geranios sobre el mar, aunque nunca llegamos a ver la Polinesia.

las imágenes de X

Llegaba en bicicleta. Su figura articulada por hierros y tendones parecía agitarse solamente en dos dimensiones, transportando ingrávito su callado perfil egipcio, enrollando y desenrollando su silueta plana entre las ruedas.

No sabíamos su nombre. Era mayor que toda la pandilla de ciclistas y patinadores del barrio. En el tapabarros de su geométrico vehículo cargaba una misteriosa cajita de madera. Nos miraba en silencio, aparentando no poseer el don de la palabra. Luego se perdía en dirección a los acantilados, desaparecía como si se despeñara en el silencio del mar.

X se sumergía en la oscuridad de ácidos y emulsiones reveladoras para sacar a la luz imágenes que había ido coleccionando a lo largo del día en su antigua cámara de fotos. Ignorábamos que fuera un solitario cazador de claroscuros, de mariposas disecadas al vuelo.

¿Qué buscaba X copiando la vida en papel sensible mientras nosotros nos dedicábamos a exprimir el sol hasta dejarlo reducido a un charco de cenizas? Su sordomudez lo había colocado detrás de la gran vidriera del mundo y él se dedicaba cotidianamente a fragmentarla y recomponerla con las estampas insonoras que brotaban de sus manos.

Pasajeros de otros barcos

Años después vimos una exposición suya. En sus fotos aparecíamos nosotros, lo había conseguido, nos había capturado a todos, éramos sus prisioneros.

***veinte años después... de nacer
(más o menos)***

-¿Cuándo llegaste al Perú?

-Huy, huy, mucho tiempo ya, niño -me contestó el Sr. Cheng, que en milésimas de segundo pasaba de la risa a una máscara de cera inexpresiva y se quedaba como un maniquí con las tijeras y el peine en las manos.

En el espejo de la peluquería, veía reflejado el final de la calle, el mar estaba oculto en una neblina que humedecía los geranios del malecón del parque Salazar. Tuve la sensación que detrás de las farolas no había nada, que allí se terminaba el mundo como en el Bulevar Proust del cuento de Javier. (Por la radio estaban transmitiendo la pelea que retiró definitivamente del boxeo a Mauro Mina. "Pobre negro", comentó el otro peluquero que trabajaba en el local, "¡qué tunda le está metiendo el gringo!").

-¿Cuándo llegaste entonces? -insistí por curiosidad.

-Cuando la guerra mundial, pues -respondió el Sr. Cheng esforzándose en pronunciar las erres-, la segunda, jajajá -mientras se concentraba bizqueando para seguir cortándome el pelo.

-Un poco antes de la guerra también llegó mi viejo -le dije.

-¡Ah, sí! ¿no? Don Reginald también. Mucha hambre también en Bélgica ¿no? igual que en China ¿no?

Pasajeros de otros barcos

-No -le dije-, mi padre vino persiguiendo a mi mamá.

-¡Ah! pendejo su papacito entonces ¿no?

-Muy pendejo el viejo.

-Conocía proverbio chino: la mujer primero, luego comida. Jajajá.

-Sí, pero encima logró que lo nombrasen cónsul de Bélgica en Lima, o sea que mató dos pájaros de un tiro.

El peluquero soltó una carcajada entrecortada guiñando ambos ojos alternativamente, y luego haciendo chiscar las tijeras:

-Y usted niño se va a estudiar a Europa ahora ¿no? ¡Cómo da vueltas el mundo! ¿verdad?

Me llamó la atención que la peluquería oliera a la misma colonia a granel que se ponía la muchacha de mi casa para salir los domingos y luego volvía envuelta en un aroma a yerba recién cortada, con briznas en el pelo y los labios despintados. "Irene", le decía mi madre, "¿de dónde vienes con esa facha?", y ella se reía, se reía.

-Sí, parto para España, ahora en este curso; este es mi último corte de pelo en Lima, Cheng, te quedas sin un cliente.

-¡Qué bueno para usted, ah! -dijo el peluquero separándose un poquito y ladeando la cabeza para que yo le imitara el gesto y pudiera cortarme la patilla derecha-. Quiere ser abogado ¿no? y su papacito contento, pero su mamacita triste ¿no? -prosiguió después de afilar la navaja en la badana.

-Claro, el viejo está contento, pero mi mamá no dice nada.

Pasajeros de otros barcos

-¡Cómo puede, ah! -exclamó el peluquero chino. (Esta frase la decía muy rápido y muy frecuentemente, sin esforzarse en pronunciarla bien y sonaba: ¡Cómopuele, ah! que había dado lugar al apodo de su hijo, mi amigo Félix).

-Mi hijo tambien quiere -continuó sin mucha convicción-, porque aquí mucho lío en San Marcos y en la Católica también ¿no?

-¿Félix también quiere ir a estudiar Derecho a España y no me ha dicho nada? - comenté incrédulo.

-Sí, sí, quiere ser abogado como usted, pero él mal estudiante, así no se puede ir a ninguna parte ¡ah!

-Yo también soy mal estudiante -le dije, pero rectificué dándomelas de sensato-, aunque he sacado todas, si él aprueba en marzo todavía le da tiempo, allá el curso no empieza hasta octubre.

-¿Octubre? tan tarde ¿no? -repitió el peluquero extrañado dejando de cortarme el pelo para mirar cómo se derramaba lentamente la niebla por los escalones del malecón-. Aquí ya va a empezar, en abril ¿no? Ah, entonces sí puede, pero caro ¿no? -preguntó.

-Podría conseguirse una beca.

-¡Ah! ¿beca, no? ¿Cómo puede, ah, niño? ¿Cómo puele? ¡Cómopuele!

El ayudante del Sr. Cheng era un zambo alto que aunque parecía estar ensimismado oyendo por la radio la transmisión del combate de Mauro Mina no me quitaba la vista del cogote y mantenía una actitud como para preguntarme algo. Al fin se decidió:

Pasajeros de otros barcos

-Ahora que usted se va, sus papás se quedan solos -afirmó tímidamente terminando la frase en pregunta.

-No tanto -le dije- mis hermanos viven en Lima y vendrán a cada rato por aquí.

-Sí, pero me vengo a referir que a lo mejor ya no van a hacer falta tantas muchachas en su casa ¿no? -insinuó esmerando la cortesía.

-Jajajá -terció riéndose el Sr. Cheng-. Está preocupado por la chola de su casa, una blanconcita bonita ¿no?

-Sí, Irene, es muy guapa -corroboré con gesto cómplice arrepintiéndome enseguida de haberlo hecho. En los segundos de silencio que siguieron a mis palabras, reconocí el olor de la colonia a granel que salía de un frasco verde destapado sobre la repisa.

El otro peluquero pareció adivinar mis pensamientos, entonces bajó la vista nervioso y luego me miró sin poder yo discernir si su expresión era de temor, desconfianza o amenaza.

-Jajajá, ¡cómpuele, ah!- repetía Cheng dando vueltas a mi alrededor para comprobar si el corte de pelo que me había hecho era digno de circular por las calles europeas.

En la primera carta de mi casa que recibí en España, mi madre me contaba dos cosas, que mis amigos no paraban de llamarme por teléfono porque decían que yo había desaparecido sin despedirme y la otra noticia que me daba era que Irene estaba embarazada. "Lo ha venido ocultando hasta hoy" me decía, "el padre parece que es el que trabaja en la peluquería de Cheng. Irene llora todo el día porque el zambo no lo quiere reconocer,

Pasajeros de otros barcos

dice que el niño puede ser de cualquier otro. No sabemos qué hacer con ella porque en casa ya no estamos para criar bebés, te imaginas...". Y en un rasgo de humor terminaba "supongo que esto en Europa te sonará a chino."

Pasajeros de otros barcos

la esperanza de los polizones

Todos hemos viajado como polizones en el vientre materno. Y llegamos sin saber en qué lugar de la Tierra soportaremos mejor nuestras soledades neonatales, qué cielos nos estarán vedados, desde qué punto cardinal nos vendrá el desamor, y qué vías de comunicación nos incomunicarán de los seres que hubiéramos querido amar.

A pesar de todo, hacemos el viaje encapsulados y arrastramos por las venas el deseo de no ser infelices, de que nada nos ate a una calle remota de un barrio sin nombre. Al contrario, albergamos la esperanza de navegar y comprobar que realmente existen las sirenas, que merecía la pena tanta peripecia vital para encontrarlas, aunque sean transparentes.

Pasajeros de otros barcos

el vapor Donizetti

Muy temprano, nada más terminar la misa de madrugada que oyó en una iglesia del Callao, se fue al puerto y subió estremecido por la escalerilla del vapor Donizetti que esperaba atracado en el primer muelle.

-¿Este es el barco que sale para Italia? ¿el de la Italian Line, no?

-Sí padre, este es, pero tiene tiempo de sobra, hasta la noche no zarpa-. Le respondieron con sorna los tripulantes que estaban apoyados en el pasamanos.

Uno de los marineros lo acompañó, sin cargarle la maleta, hasta el pasillo de popa de segunda clase.

-Este camarote está ocupado por "giente" que viene de Chile- dijo con burla al tiempo que golpeaba una puerta con la palma de la mano-, del resto escoja la litera que más le guste, todavía están todas desocupadas, usted ha sido el primero en llegar.

El padre López se paseó hasta el final del angosto corredor aguaitando uno a uno los camarotes de seis personas desprovistos de ojos de buey por quedar debajo de la línea de flotación del barco. Escogió al fin el más cercano a la puerta del baño, frente al ya ocupado por los chilenos y después de comprobar que no olía demasiado a desinfectante, depositó su maleta en una de las literas de abajo. "Así no tendré que molestar a nadie para salir", pensó. Antes de irse a refrescar

Pasajeros de otros barcos

un poco prefirió colgar la ropa que traía consigo en uno de los compartimentos del pequeño armario común. Al quedarse vacía la maleta dejó al descubierto el falso fondo disimulado, lo levantó un poquito para cerciorarse que allí seguían sus dólares y sintió un escalofrío de satisfacción cuando volvió a taparlo. Evidentemente Dios lo había premiado permitiéndole realizar por fin el viaje a Roma. Encajó la maleta contra el techo, encima del armario, y se metió al baño para despejar con agua fresca el pequeño mareo que le embargaba y el desagradable zumbido de oídos. "A los serranos siempre nos pasa lo mismo cuando bajamos a la costa", pensó. Pasar de los 3.800 metros de altitud a metro y medio bajo el nivel del mar era demasiado brusco para un organismo acostumbrado al aire de las casuarinas de la parroquia de Ayaviri. El viaje había sido extenuante, treinta y seis horas de frío en el ómnibus de lunas rotas hasta Lima, y después, esperar sentado en un banco de la plaza San Martín, con el cuerpo destemplado, a que amaneciera para coger el tranvía hasta el Callao.

Salió del camarote y subió a cubierta, hizo un gesto simiesco para llenarse los pulmones de aire con la satisfacción de encontrarse iniciando el ansiado viaje, se distrajo mirando a los pasajeros de primera clase que en la cubierta más alta, como pegados al cielo, se acomodaban en las tumbonas al borde de la piscina, y decidió ponerse a leer las oraciones de su breviario, para evitar las tentaciones, que en estos casos, como le habían advertido, suelen ser muchas.

Pasajeros de otros barcos

Los que venían de Chile eran un grupo de travestis, artistas del espectáculo según se presentaban ellos mismos, que iban de *tournee* por Europa. El padre se cruzó con ellos. "Hay un cura a bordo", oyó. "Mejor, así si te mueres durante el viaje tendrás quien te confiese", le dijo otro fingiendo voz de mujer.

Antes de almorzar el padre bajó a los camarotes que habían sido invadidos por un gentío de jóvenes pasajeros, casi todos estudiantes peruanos rumbo a España, escogiendo litera y guardando sus maletas. Los miró con aprobación y comprobó que el rosario de cuentas grandes de madera seguía sobre su almohada, tal como él lo había dejado en señal de que estaba ocupada, y con la sensación de alegría que no le abandonaba desde que puso el pie en la escalerilla del barco se dirigió al comedor.

A la hora de la siesta volvió a bajar y descubrió estupefacto que el rosario había desaparecido. En el armario tampoco estaban sus cosas, ni la maleta. Preguntó a los que dormitaban o fumaban en las literas, pero uno: "No sé padre, aquí no es". Otro: "Usted se ha equivocado". "No, no me he equivocado, este era mi camarote", repetía el padre desconcertado, "frente al baño, estoy seguro".

-¿Rosario ha dicho? ¿Tú has visto un rosario?- se preguntaban unos a otros.

-No, no, yo no he visto nada- contestaban haciendo como si buscaran debajo de las literas.

Pasó al camarote de al lado.

-No, aquí tampoco, pater.

Pasajeros de otros barcos

-¿Pero dónde, dónde están mis cosas? Por Dios- rogaba.

Al final del pasillo había una puerta un poco más estrecha que el resto, era también un camarote, pero caía justo encima de las hélices y el ruido y las vibraciones de los motores lo hacían inhabitable por lo que normalmente se quedaba vacío durante la travesía, aunque tuviera como los demás seis literas completas. La escasa ropa del padre estaba allí, tirada en el suelo, la maleta abierta boca abajo, el rosario hecho un nudo en la manija de la puerta. Su primer impulso fué comprobar si los dólares continuaban en su escondite, pero se contuvo y antes rescató el rosario para besar la cruz con unción. El dinero no había desaparecido, nadie lo había tocado, volvió a besar la cruz, dio gracias a Dios, sonrió con tristeza, recogió sus camisetas y calzoncillos secados el día anterior en el patio de su parroquia y los acomodó en el armario. No diría nada. "¡Qué más da un camarote que otro! Además, así tendría la ventaja de viajar solo".

-Veníamos a hacerles una visita, bueno, a proponerles algo- dijo uno de los estudiantes peruanos que subieron en el Callao, al entrar sin previo aviso al camarote de los chilenos.

-Ah, bueno, entonces tomen asiento, esto está un poco desordenado pero podemos hablar- dijo el único artista que se encontraba en ese momento en el camarote. Seguidamente hizo el ademán de limpiar con la mano la litera y se sentó en un extremo-. ¿De qué se trata, pues?- pronunció el *pues* como una concesión amable a la manera de hablar de los peruanos.

Pasajeros de otros barcos

Al sentarse se le había abierto la bata dejando al aire la entrepierna depilada.

-Me llamo Winona- continuó sonriente-, formo parte del espectáculo que llevamos a Europa ¿en qué les puedo servir, pues?- repitió.

Mientras tanto el padre ya había terminado de rezar y se disponía a dormir. Cuando empezaba a coger el sueño oyó que llamaban suavemente con los nudillos a la puerta de su camarote. Era una chica, de veintitantos años, que lo turbó un poco.

-Padre- le dijo titubeando-, vengo a que me ayude, voy para Europa, pero escondida porque no tengo dinero y mi novio me espera en Barcelona para casarnos. Aquí, con usted, nadie sospecharía, déjeme quedarme aquí.

El padre López la dejó pasar, le señaló la litera opuesta a la suya y no se atrevió a preguntarle nada. Acurrucado ya en su cama, pensó que había hecho mal, que no debió aceptar, que se podía meter en un lío y que perdería la ventaja de viajar solo en ese ruidoso camarote; además ella hubiera podido seguir donde hasta ahora había ido escondida "¿acaso no llevábamos cinco días navegando?", pensaba. Le resultaba difícil volver a conciliar el sueño, por momentos creía percibir la proximidad de un cuerpo, lo envolvía un perfume femenino, serían imaginaciones suyas, tampoco podía ser real el aliento que le rozaba la mejilla, pero de pronto sintió con precisión una mano izquierda, insegura, de dedos largos, que se apoyaba en su cintura y empezaba a recorrerla desplazándose hacia sus ingles y una mano derecha, más firme, que reptaba suavemente por su espalda hacia su cuello. Su primer impulso fue

Pasajeros de otros barcos

dejarse vencer como en un sueño placentero, pero inmediatamente se dio la vuelta temiendo descubrir lo que sospechaba: allí estaba ella, arrodillada al lado de su litera, con los labios húmedos:

-¿Quieres pasar un ratito de amor conmigo?

El padre dió un salto golpeándose la cabeza contra la litera de arriba.

-¡Señorita!- le increpó-, he aceptado que se quedara, por caridad, pero nada más. Si me vuelve a importunar llamo al capitán, ahora duerma en la cama de abajo, yo me cambiaré a la de arriba, para no verla- terminó casi temblándole la voz.

-¡Uy, el capitán, qué miedo!-, exclamó la chica, pero no lo volvió a molestar en toda la noche, se durmió enseguida con unos ronquidos alarmanamente masculinos que desvelaron definitivamente al padre. A la mañana siguiente, la vió levantarse, estirarse un poquito la falda que no se había quitado, decir "Okey, padre", y dirigirse por el pasillo, con toda la naturalidad teatral que era capaz, hacia el camarote de los chilenos. El padre aún no había salido de su asombro cuando empezaron las risas de los peruanos:

-¡El cura ha pasado la noche con un travesti! jajajá. ¡El pater se ha acostado con la Winooona! jajajá.

Esa mañana el padre no quiso subir a desayunar, ni asomarse a cubierta a ver el paso del canal de Panamá. Se quedó tumbado en su litera. "La broma de la noche anterior había sido muy pesada, de mal gusto", les decía a dos de los estudiantes peruanos que habían bajado a verlo y no paraban de reirse y de entonar "Winooona" cada vez que el padre se callaba. Sin embargo, se

Pasajeros de otros barcos

convenció al fin de que debía perdonar, como buen cristiano. Hasta empezaba a tener remordimientos de la ira que le produjo ver al travesti, con una falda ligera que evidenciaba que no llevaba nada debajo, alejarse por el pasillo, canturreando algo con acento chileno y dando respingos con el culo en cada puerta, mientras se oían las risotadas de los estudiantes y los gritos de: "¡El cura ha pasado la noche con la Winooooona!"

Pero cuando creyó haber superado su bochorno y se dejó ver otra vez por el comedor, notó con satisfacción que, a partir de ese momento los estudiantes peruanos lo trataban con más familiaridad, como queriéndolo integrar en sus chistes y bromas. "Ha sido una novatada", pensaba con cierto orgullo, y se empezaba a encontrar bien entre sus compañeros de viaje, más propenso a la comunicación y al buen humor. Desgraciadamente, esto llevaba aparejado quedarse sin postre, porque le decían "usted no, ¿verdad, pater? Usted hace sacrificio, no quiere postre" y le quitaban la manzana, el flan, o la insípida macedonia de frutas, y unos días después también le quitaban la porción de *pizza* y el salame y la mortadela. Le dejaban poco para comer, los *spaghetti* solamente, que él se apresuraba con malicia a meter la cuchara y chupetearlos para que nadie le metiera el tenedor. Pero a pesar de todo, había logrado recuperar su optimismo inicial, que como él decía nunca debió perder, y se encontraba hasta más relajado y dispuesto a cometer pequeños excesos que nunca se había permitido, tanto es así, que una noche se sinceró con uno de los estudiantes que lo había hecho fumar, él atorándose, "yo no sé tragar el

Pasajeros de otros barcos

humo", decía, y el otro diciéndole "dele, padre, dele, verá qué bueno", y él diciéndole "a partir de ahora ya no me llames padre, llámame Dámaso, no más", y estando en esas le contó la secreta misión que le habían encomendado:

-Tú sabes que voy a ver al Papa- le dijo-, pero hay algo más que no se lo he contado a nadie.

-¿Si?- se sorprendió el estudiante.

-Sí. Verás, los feligreses de mi parroquia, de Ayaviri pues, hicieron una colecta para comprar una campana para la iglesia, y me han dado el dinero para que la compre en Italia. ¿Te das cuenta lo que va a ser eso cuando regrese? Una campana vaticana repicando en un campanario de los Andes peruanos, y todos los feligreses acudiendo a misa y la campana tan, tan, tan, como en Roma.

Al cura se le habían humedecido los ojos y el estudiante le comentó sonriendo:

-Parece que le ha gustado la marihuana, pater.

El padre Dámaso cayó entonces en la cuenta de porqué se sentía raro y porqué estaba haciéndole tantas confianzas a ese estudiante.

"¡El cura tiene plata! ¡El cura tiene plata!" oía por los pasillos del barco, o desde los baños, cuando estaba sentado en el retrete. "No es mía, no es mía", pensaba, "creen que soy rico, no saben lo que dicen", pero cuando descubrió en una de sus inspecciones periódicas a la maleta, que su dinero había desaparecido, que el falso fondo estaba vacío, como si nunca hubiera contenido los fajos de dólares comprados en el mercado negro de Puno, se cayó entonces al suelo con la mente en blanco,

Pasajeros de otros barcos

sin comprender nada. Se despertó en el hospital del barco.

-No se preocupe, padre, le hemos dado unos sedantes, nada más, estaba usted muy nervioso, ya se le pasará todo.

-¿Pero qué voy a hacer yo ahora? ¿Qué les voy a contar a mis feligreses? ¿Cómo me voy a presentar yo en Roma?

El enfermero italiano, que el padre en un principio tomó por argentino, le hablaba en un castellano de muchos viajes a Suramérica:

-No se preocupe ahora, ya veremos, ya veremos.

Le dió a oler amoniaco, a beber una copa de *grappa* y de paso se sirvió otra.

-¡Ma, qué dura es la vida! ¡Sin dinero, el padre en Italia!- forzó el enfermero la conversación- ma, siempre hay remedio- continuó-, por ejemplo, es sólo un ejemplo que yo digo, mañana llegaremos a Cartagena de Indias, ¡Ah, Cartagena, qué arte, que arte de la talla de la madera en Colombia! ¿Usted conoce?

El padre López lo miraba con asombro mientras saboreaba la *grappa* y negaba con la cabeza.

-En Cartagena hacen una talla bellícima, preciosa, que en Génova yo puedo vender por mucho dinero.

-¿Y por qué no las compra?- preguntó el padre.

-Ah! Yo no puedo, yo estoy prohibido de llevar cosas en el barco... ma usted no, usted es pasajero. Yo, con mucho respeto, voy a permitirle proponerle un negocio a su reverencia- le dijo al fin.

Pasajeros de otros barcos

-¿De qué se trata?- preguntó el padre dejando la *grappa* con desconfianza.

-Mire- dijo el italiano haciendo un gesto como si lo englobara todo con la mano-, usted viaja en un camarote vacío, es una pena, allí caben esculturas, tallas colombianas, bellísimas, yo las coloco y le pago a su santidad un porcentaje por cada una, su reverencia no se tiene que preocupar *de niente*, de nada, para eso está Giuseppe- terminó tocándose el corazón con la mano abierta.

-Si sólo es eso, no hay ningún inconveniente- respondió el padre después de dudarle unos segundos, sin atreverse a preguntar el importe de la comisión que iba a recibir.

-Su reverencia quedará satisfecha, muy satisfecha, estoy cierto.

Al cabo de un rato oyó que el enfermero Giuseppe le preguntaba desde el pasillo, vestido de calle y con un cigarro en la boca que evidenciaba su faceta de negociante: ¿No va a bajar usted a visitar esta bellísima ciudad?

Cuando el buque zarpó de Cartagena de Indias y el padre López pudo volver a su camarote, ya repuesto de su indisposición y más resignado por el robo que había sido objeto, se encontró con cientos de enanos de madera, de metro y pico de altura, encajados en las cinco literas libres, que lo escrutaban con sus ojillos ciegos desde todos los ángulos. Al examinarlos, descubrió que había de varios tipos, los que sostenían un cenicero con la palma extendida, los que en el gorro tenían un agujero para adaptarles una lámpara y los que eran simplemente adornos de madera tallada para

Pasajeros de otros barcos

ponerlos quién sabe dónde. "Bueno, bueno", dijo, "con estos italianos nunca se sabe, le hablan a uno de unas tallas bellísimas y después le meten como cuatrocientos enanitos ¡Qué se le va a hacer!" El padre continuó el viaje desde entonces con esa muda compañía, aceptando su suerte y consolándose con que la comisión sería mayor y a lo mejor le permitía recuperar el dinero para comprar la campana de Ayaviri.

Unos días después, estando en cubierta, uno de los artistas chilenos señaló la costa que se veía de forma intermitente a causa de la niebla y dijo que eso ya era España. "¿Ya? La travesía se me ha hecho cortísima a pesar de todo, hemos cambiado de continente en un abrir y cerrar de ojos", pensó el padre. "Y eso de enfrente debe ser Africa", continuó el chileno. "Con un poco de suerte podremos ver Tánger", dijo un tripulante que estaba recogiendo las hamacas. "Esta noche atracaremos en Cádiz", añadió. Al padre la emoción le recorría el cuerpo en forma de calambres instantáneos. "¡Por fin Europa! ¡Y al final, con el negocio de Giuseppe, a lo mejor se me arreglan las cosas y puedo comprar la campana! Dios aprieta pero sólo ahoga a los malos", pensaba.

Estaba previsto que el Donizetti se quedara esa noche y el día siguiente en Cádiz, daría tiempo a visitar la ciudad y después saldría rumbo a Barcelona, destino de los estudiantes peruanos, un día después Marsella, donde empezaría la *tournee* los chilenos y por último Génova, los enanos desembarcados y él dispuesto a visitar al Santo Padre y comprar la campana.

Pasajeros de otros barcos

Se sorprendió cuando un oficial les avisó que habían negado al barco la autorización para atracar en el puerto de Cádiz y que tendrían que fondear en la bahía. "¿Por qué? ¿Qué ocurre? ¿Nos ponen en cuarentena? ¿Hay acaso cólera a bordo?" Nadie sabía la razón exacta cuando vieron aparecer una lancha patrullera de la guardia civil española que, aunque todavía era de día, iluminaba con un fuerte foco la cubierta. "Vienen a hacer una inspección", dijo un tripulante. El padre se sobresaltó, le vinieron a la mente los ojitos de los enanos que lo habían acompañado durante toda la travesía mirándolo como reprochándole algo. "No puede ser, se tranquilizó, es simple artesanía colombiana con destino a Italia, no tengo nada que temer". Pero se equivocaba, lo primero que hizo el guardia al llegar a su camarote fue descabezar a un enano y encontrar que estaba lleno de bolsitas de un polvo blanco parecido a la sal. Al padre le entraron otra vez los mareos.

-¿Es usted Dámaso López Estévez, sacerdote católico?

-Sí señor, soy el párroco de Ayaviri en el Perú- contestó con cierto orgullo.

-Tendrá usted que responder ante la brigada anti-droga por este lote de cocaína- le dijeron.

El religioso se planteó en ese momento la posibilidad de quitarse la vida tirándose por la borda.

Yo desembarqué en Cádiz para coger el tren para Madrid y en tierra me enteré que el padre López había sido detenido. Lo fui a visitar al penal del Puerto de Sta. María. Lo encontré medio

Pasajeros de otros barcos

desnudo sentado en una celda oscura. Rechazaba cualquier tipo de ayuda, no se fiaba de nadie, quería que lo dejaran solo.

Al entrar a la celda se había desprendido de la sotana y la desgarró a la vista del funcionario con rabia y fuerza inesperadas.

-Te has jodido cura, no vas a tener ni ropa para largarte de aquí-. Oí que le repetía sin burla otro preso desde un rincón. Inexplicablemente el enfermero Giuseppe no estaba entre los detenidos.

A la mañana siguiente, la policía después de examinar este insólito caso de tráfico de drogas, decidió, teniendo en cuenta que no era un delincuente habitual, ni reincidente, sino un sacerdote engañado, dejarlo en libertad. Dámaso aceptó una camisa y unos pantalones que le ofrecieron los guardias, "eran de un drogadicto que murió aquí", le dijo uno.

Al asomarse al puerto y ver que el Donizetti ya había zarpado rumbo a Barcelona, sintió como si lo hubieran desembarcado de su propia vida, que con el barco se iba su destino anterior y se quedaba ahora en un puerto no previsto, con la sensación de haber resucitado con la ropa de otro.

Pasajeros de otros barcos

historias de locos y bellacos **(*Quijotes y don juanes*)**

***Corre grave riesgo en este mundo quien emprende
el difícil oficio de desengañar a los engañados.
Giacomo Casanova***

En la literatura clásica española llama la atención la facilidad con la que algunos infames personajes de ficción han pasado al subconsciente colectivo como sujetos dignos de admiración y se han convertido en seres paradigmáticos, cuando sus autores pretendían justamente lo contrario: satirizar determinadas costumbres y corruptelas sociales de la época. Es el caso del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha y el del burlador de Sevilla don Juan Tenorio.

Yo llegué a Madrid en septiembre de 1958 con una tarjeta de presentación para parientes lejanos. Gracias a la tradicional cortesía hispánica, quisieron agasajarme invitándome a la representación anual del Don Juan Tenorio de Zorrilla el día de Todos los Santos en el teatro Español. Mis pretendidos primos eran de una posición social al menos tan elevada como la del principal personaje de la obra y consiguieron por amistad unas entradas magníficas en la segunda fila de butacas. Era la primera vez que asistía yo a una representación de teatro con reminiscencias clásicas y mi ignorancia ultramarina sólo me permitía a duras penas seguir con dificultad el anacrónico texto. Atendí atónito a todo cuanto

Pasajeros de otros barcos

sucedía en el escenario hasta ver arrodillarse al galán ante doña Inés, con el sombrero de plumas quitado y la espada colgando para decirle:

**¡Ah! ¿No es cierto ángel de amor
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla
y se respira mejor?**

Durante la pausa que hizo el actor para tomar aliento y proseguir recitando los requiebros de amor, yo no pude reprimir la risa y solté una carcajada seca y desabrida, de perro que lleva mucho tiempo atado. Creció de tal manera el silencio a mi alrededor que durante unos segundos creí que me había vuelto sordo. El cómico, nunca mejor dicho al menos por mí, levantó lentamente la vista y buscó al responsable de tamaña herejía entre las primeras butacas. Me clavó una mirada de odio más que de ira. Doña Inés sonrió indulgente y don Juan después de carraspear y acomodarse la espada que al girar el torso se le había quedado cruzada, continuó con la farsa:

**Esta aura que vaga llena
de los sencillos olores...**

Para mí eran complicados sudores. El público no dejaba de censurarme con la mirada. Mis parientes se desentendían de mi persona como si no hubiéramos ido juntos. Al terminar la función salí precipitadamente por una puerta lateral para evitar mayor bochorno y recuerdo haberme dado un cabezazo contra la moldura de un palco en mi

Pasajeros de otros barcos

atolondrada fuga. En esa representación teatral gané un chichón y perdí dos primos y una prima.

Eso ocurrió aquel día de Todos los Santos, pero cuarenta años después pienso que yo tenía razón. Lo lógico hubiese sido que todo el público de la sala estallara en risas, como en los antiguos corrales de comedias, y castigara con improperios arcaicos como "¡adefesio! ¡bellocarmelo!", la falsedad a ojos vista de don Juan. La única que tendría que haberse mantenido sin darse por aludida era doña Inés que estaba siendo engañada, sin embargo me dio la impresión que hasta me hizo un guiño de complicidad. Pero el auditorio permaneció impasible ante la obra y resistió con muda indignación mi espontáneo gesto.

A don Juan no creo que lo pudiera tomar en serio ni entonces ni ahora, porque no transmite emoción ninguna, es un simple fantoche. Si hay algún drama en la obra es el que sufren los padres de la pareja, don Diego, que sin querer engañarse a sí mismo, reconoce el "monstruo de liviandad" que es su hijo, y reniega de él en versos como estos:

**No puedo más escucharte,
vil don Juan, porque recelo
que hay algún rayo en el cielo
preparado a aniquilarte.**

(...)

**Sigue, pues, con ciego afán
en tu torpe frenesí,
mas nunca vuelvas a mí;
no te conozco, don Juan.**

Pasajeros de otros barcos

Y el del padre de doña Inés, don Gonzalo, que muere de un pistoletazo por intentar evitar que su hija se una a semejante tipejo.

Pero el cínico jovenzuelo, que no cambia su visión de la vida después de las duras palabras de don Diego y de haberse convertido en asesino de don Gonzalo, terminará muriendo a manos de un muerto, de su propia víctima, del convidado de piedra. La obra no deja de tener una intención claramente moralizadora, con final imprevisto.

El otro personaje paradigmático de la literatura española, el Quijote, encarna a un fanático intolerante ridículamente peligroso (son los peores) que distorsiona la realidad de acuerdo a sus filias y fobias. Un personaje de los que Cervantes tuvo la desgracia de encontrarse muchas veces en la vida, y que por su culpa terminó más de una vez en la cárcel. ¿Cuál era su gracia? ¡la de filosofar sobre el mundo!

Estas dos figuras fundamentales de las letras hispánicas, don Quijote de la Mancha y don Juan Tenorio, han sido objeto de miles de tratados laudatorios. Unamuno, en su ***Vida de Don Quijote y Sancho***, llega al paroxismo animando a crear un patriotismo basado en un alma interior quijotesca. En cambio Menéndez Pelayo, más acostumbrado a tratar con heterodoxos, calificó al personaje creado por Cervantes como un simple sujeto monomaniaco.

En mi opinión, hoy en día, el caballero de la triste figura, no pasaría de ser un anciano trastocado, a lo mejor hasta se llamaría Alonso Quijano en la vida real, probablemente sería un rentista o ex funcionario, hijo de buena familia, que

Pasajeros de otros barcos

se escaparía de su casa en una moto destartada para ir a jugar a los video-juegos de los bares, obsesionado en emular las hazañas de los héroes electrónicos. Llevaría en la parrilla trasera a un gordito del barrio a manera de escudero. Entre partida y partida sermonearía a su auditorio y convencería de sus excentricidades a más de un Sancho cervecero. Viviría enamorado ¡cómo no! de una actriz de cine porno de la que se convirtió en fan incondicional con sólo ver un poster suyo desnuda a la entrada de un cine. En los bares sería el típico cliente incómodo, intolerante, pesado y prepotente, expuesto a ser agredido cada vez que montara una bronca por las más nimias desavenencias sobre su interpretación filosófica del mundo.

La vida de un don Juan contemporáneo sería aún más despreciable que la del ingenioso hidalgo. Su retrato robot nos mostraría un niño caprichoso, que cree que todo le está permitido, hijo probablemente de un alto ejecutivo de empresa multinacional o de cargo político de renombre, arrufianado y abusivo. En respuesta a los temores de su criado, sin duda más respetable que él, por sus tropelías, le dice:

**Si es mi padre
el dueño de la justicia,
y es la privanza del rey, ¿qué temes?**

Don Juan no es un personaje trágico, ni un delincuente con mentalidad de violador, es un mentecato que lo único que pretende es humillar para luego burlarse impunemente. Un simple

Pasajeros de otros barcos

imbécil. Zorrilla acentúa su carácter innoble al hacer que su conducta obedezca a una apuesta con otro mequetrefe de la época llamado don Luis Mejía. Sin embargo este romántico autor se inventa una amada y amante doña Inés para redimirlo; nos propone rehabilitar a don Juan mediante el amor. El amor puede vencer a la enfermedad y a la muerte, incluso a la angustia difusa de los días, pero no puede justificar la indignidad.

La primera vez que vi la obra y no me pude contener la risa, el único que en el teatro no sabía que el Tenorio era un canalla irresponsable era yo, porque a los demás ya se lo había explicado antes Tirso de Molina. Sobre el escenario era un secreto a voces, lo entendí cuando vi que doña Inés me sonreía. De allí que resulta absolutamente ridícula la actitud enamorada del don Juan de Zorrilla.

Unamuno, comenta elogiosamente el libro del profesor Víctor Saíd Armesto que defiende que el Tenorio "arraiga en lo más hondo e ingénito de la raza española" y aunque evidencia su desprecio por el petimetre sevillano no deja de vanagloriarse de que sea un producto genuinamente español y no italiano como opinaba Farinelli. La reacción del filósofo vasco sí que es un fenómeno típicamente nuestro: pugnamos hasta por la propiedad de nuestras lacras. Menéndez Pidal estudia el origen de la obra en leyendas castellanas antiguas, interesándose más por el convidado de piedra que por la patética figura del burlador de Sevilla.

Pedro Salinas, en su *Literatura Española, Siglo XX*, dice que Unamuno aborda el aspecto teatral de la vida de don Juan y se detiene en su exhibicionismo. Es cierto que don Juan actúa para

Pasajeros de otros barcos

llamar la atención, para ser admirado por los de su calaña, ajustándose a los cánones de toda representación, pero no advierte nada, no tiene ni un brote de inteligencia, le ciegan las candilejas. Cuando termina la función sale a la calle para irse a presumir de sus conquistas ante los amigos en la taberna, para seguir representándose a sí mismo, es decir, vive una vida ficticia, en definitiva es un macho ibérico bellaco de los de antes, o un estúpido *latin lover* de los de ahora.

El exhibicionista es lo contrario del "voyeur", busca la morbosidad infantil de mostrar sus partes íntimas a castas doncellas. Ni Tirso ni Zorrilla hacen referencia alguna a la satisfacción sentimental o sexual que pudiera experimentar don Juan en sus relaciones, se diría que son contactos estériles y tal vez podríamos sospechar que sufre cierto grado de impotencia que le hace apartarse de las manifestaciones sensuales del amor y pretender un simple exhibicionismo. Don Juan es un minusválido emocional y a lo mejor eso también le causaba embarazosos problemas de erección.

Si don Juan buscara placer y saliera defraudado de sus relaciones amorosas se podría pensar en la supuesta tendencia homosexual que sugirió Marañón, pero el burlador de Sevilla tiene un marcado carácter anti hedonista, en esto no se parece a otros seductores de la literatura, grandes vividores como Casanova por ejemplo, porque don Juan, aunque habla de "gozar", no se refiere al placer:

**... el mayor
gusto que en mí pueda haber**

**es burlar una mujer
y dejalla sin honor.**

Tampoco actúa por venganza a un amor despechado, ni muestra carencias afectivas que lo lleven a coleccionar conquistas para compensarlas; su único interés es la traición y no sólo engaña a las mujeres de sus parientes y amigos, sino a todo el que se le cruce en su huída, porque su vida es una continua escapada. Su intención es la de perjudicar, causar daño moral y abandonar precipitadamente el lugar. Ultraja y desprecia a su víctima, es un traidor compulsivo que sólo vuelve sobre sus pasos para vanagloriarse en las tabernas de sus engaños . Así disfruta este fulano, fría y calculadoramente, como un asesino en serie.

Unamuno también repara en la incapacidad que tiene el burlador de Sevilla para amar, algo que es perfectamente explicable en quien no es capaz de vivir su propia vida. Sus conquistas consisten en suplantar la identidad del verdadero amante, él no es un seductor en sí mismo, es un usurpador del amor a otro, un alienado que nunca da la cara, de allí que no pueda sentir ningún sentimiento propio.

Este abusivo caballero que no cree en los sentimientos sí confía en el dinero, piensa que:

Con oro nada hay que falle.

En algunos momentos compra a las criadas para que le abran las puertas de los aposentos de ingenuas doncellas donde, embozado o valiéndose de la oscuridad, se hace pasar por sus enamorados, y en otros se aprovecha de las

Pasajeros de otros barcos

prostitutas negándose a pagarles y ufanándose de darles "perro muerto" (antigua expresión que curiosamente se sigue utilizando en el Perú para designar las estafas más despreciables que terminan con la escapada del forajido). Es un burlador de mujeres, como muy bien lo denominó Tirso, que se muestra como un ladrón ante las de alta alcurnia, como un prepotente con derecho a pernada ante las humildes (a excepción de la pescadora con la que no le hacen falta mayores recursos) y como un cobarde ante las prostitutas de las que sale corriendo para no pagarles sus servicios.

Al final de la tragicomedia, Zorrilla, en un gesto absolutamente quijotesco, salva a este sujeto del infierno y proclama:

**Mas es justo; quede aquí
al universo notorio,
que pues me abre el purgatorio
un punto de penitencia,
es el Dios de la clemencia
el Dios de DON JUAN TENORIO**

Según Zorrilla, no sólo hay un Dios, sino que hay uno propio de don Juan Tenorio ¡que el diablo nos libre entonces!

Lo más asombroso es que se haya podido tomar como propios y exportar a la literatura universal estos estereotipos supuestamente portadores del carácter español y por extensión hispanoamericano.

¿Cómo se nos ha podido identificar con un fanático hidalgo que Cervantes se esfuerza en

Pasajeros de otros barcos

ridiculizar para escarmiento de los muchos hidalgüelos que en esas épocas pululaban por las dos Castillas haciendo uso y abuso de las pequeñas parcelas de poder que los respaldaban? Quijotes radicales, seguros de estar en posesión de la verdad absoluta (la locura siempre ha sido incompatible con la duda) que al aumentar su autoridad se convertían en Torquemadas o duques de Alba.

El mérito de Cervantes consiste en presentarnos a un amable y enjuto anciano capaz de encubrir su peligrosa locura obsesiva con una sensatez abrumadora, siguiendo la máxima de que el loco ha perdido todo menos la razón. Pero por debajo late el funcionario rabiosamente intransigente.

¿Y cómo han podido equiparar la sensibilidad del pueblo español a la de despreciables donjuanes que Tirso y Zorrilla pergeñaron con la intención de censurar la conducta licenciosa de petimetres cretinos o bellacos hijos de la alta sociedad de la época?

¿Acaso la muchedumbre cultural europea ávida de encontrar valores, que a ellos les resulta más difícil de descubrir en su pulcro pragmatismo urbano, creyeron verlos en la literatura periférica del sur de Europa, en un espacio donde pensaban que las exigencias culturales se atenuaban y podían dar origen a modelos de conducta más libres?

El quijotismo y el donjuanismo serían mitos extranjeros que no tendrían nada que ver con nuestra idiosincrasia. Nosotros seríamos responsables de haber puesto el escenario y haber colocado a dos reconocidos indeseables

Pasajeros de otros barcos

hispanicos, de los muchos que abundan, sobre las tablas o sobre un flaco jamelgo, y los anglosajones, francos o germanos, habrían hecho el resto adornándolos con equívocas virtudes supuestamente españolas.

En todo caso, en la expresión "Quijote español" siempre me ha parecido captar un punto peyorativo. Y a todo el mundo los donjuanes le parecen ridículos, bueno, por lo menos a mí me causaron risa un día de Todos los Santos en un invierno que empezó pronto ese año. Hacía mucho frío en la puerta del teatro. También recuerdo que vi salir presurosa a la actriz que había interpretado a doña Inés, la vi salir sola y coger un taxi en dirección a la Puerta del Sol. ¿Iría huyendo?

Pasajeros de otros barcos

el enigma de Yasmina

***Se cree uno feliz
cuando cree dirigirse
hacia lo que cree amar.
Jean Rostand***

Cuando me interesé por los estudios de periodismo en Madrid, el empleado de la universidad que me atendió, después de cerciorarse que no había nadie a nuestro alrededor, me dijo: "Hombre, cómo vienes a estudiar periodismo a España si en Lima tenéis al mejor de los maestros: ¡Corpus Barga!".

Era la primera vez que oía mencionar esa inconfundible identidad, con la duda de si se trataba de nombres o apellidos, y fue también la primera vez que alguien se dirigió a mí conjugando el extraño "vosotros" que en el Perú no se utiliza: "tenéis" me sonó a tratamiento real. Su observación aumentó el complejo de inculto periférico que yo traía y ratificó mi impresión de que en España todo el mundo se sabía El Quijote de memoria, por lo menos. Pero la casualidad había hecho que me topara con una de las escasas personas que sabían de la existencia del periodista español en el exilio; en los largos años siguientes no me encontré a nadie más que lo conociera.

La falta de papeles oficiales y el temor reverencial que me infundía cualquier institución académica me hicieron desistir de estudiar

Pasajeros de otros barcos

periodismo y continué asistiendo a la facultad de Derecho, donde ya habían admitido mi matrícula, y aunque no llegué a licenciarme alcancé ese raro título de "Doctor Horroris Causa", que nos lo dan a algunos viajeros al lograr superar, aunque sea con espanto, las pruebas de convivencia.

Corpus Barga fue un solitario transoceánico, cruzó por primera vez el Atlántico en 1930 en una aeronave llamada "Graf Zeppelin". Era también uno de los primeros viajes de ese volátil artefacto. El periodista exiliado iba a bordo cubriendo la noticia para el periódico El Sol de Madrid. Es inquietante ver cómo a veces se confunden los destinos de las máquinas y los hombres. Ese enorme balón de gas capaz de transportar grandes cargas, y una muchedumbre de aeronavegantes complacidos, (en la época en que los aviones eran pequeños, ruidosos e inestables) desapareció de los cielos por autoignición. A pesar de que luego se descubrieran gases no inflamables, materiales más livianos y resistentes, nada de eso sirvió para salvar a las silenciosas naves que flotaban en la atmósfera. Corpus Barga también desapareció casi sin dejar rastro, como un aerostato. Su obra se reduce a escasos libros inencontrables y unas memorias inacabadas. Formaba parte de la España borrada.

El desacuerdo radical de Barga con los intereses burgueses, tan apegados a la ley de los poderosos, y por ende tan abusivos, le había hecho abandonar España cuando casireinaba Alfonso XIII. Al estallar la guerra civil en 1936, el escritor ya llevaba varios años en su trinchera personal, disparando tanto desde Francia como desde Inglaterra.

Pasajeros de otros barcos

Tamaral era en cambio un solitario trasterrado, sin amigos ni enemigos. Cuando Barga lo trató en París, se reconoció de alguna manera en el peruano, el "Mocho" como le llamaban a causa de su oreja cortada, que vivía el presente con sencilla dignidad, anarquista huraño, no sometido a ninguna regla que no fuera las que él mismo se imponía.

Las prostitutas que trabajaban en la oscuridad de las callejuelas de la Porte Saint-Denis iban a buscar a Tamaral a la tertulia que los españoles mantenían hasta altas horas de la noche en los cafetines del barrio; allí las atendía de sus males venéreos sin interrumpir las conversaciones literarias que mantenía con Barga y otros disidentes; si consideraba algún problema de mayor gravedad las citaba para el día siguiente en su consulta. No les daba una palabra de cariño, pero la inflexión de su voz, la manera de doblar el índice y el pulgar al entregarles el minúsculo tubo de globulitos mágicos, su incapacidad para disimular la intensidad de su interés, denotaban el afecto que les tenía. A veces una de ellas de aspecto árabe se quedaba a escuchar los comentarios sobre la gente que trabajaba en España, sobre ese pintor que estaba escribiendo poemas llamado Alberti, o ese poeta que hacía dibujos llamado García Lorca, (ignorantes de la tragedia que se les estaba avecinando), ella permanecía callada, sin intervenir en las conversaciones.

Yasmina no era de las más jóvenes, ni de las más atractivas, sólo su actitud misteriosa le daba cierto encanto; cuando conseguía un contrato para bailar la danza del vientre en algún teatracho de La

Pasajeros de otros barcos

Villette se transformaba en la sensual "Marocaine". Una noche Tamaral escribió en una servilleta "Soy escritor y estoy contento de estar vivo", ella intuyó que ninguna de las dos cosas era cierta, porque nunca le había visto escribir ni una línea y sospechaba que lo que realmente sentía por la vida era una profunda insatisfacción, a partir de esa noche se fue a vivir con él al apartamento barato que tenía alquilado en la rue d'Aboukir donde aún se sufrían las consecuencias del terror que impuso el asesino en serie Laurent en esa calle. Yasmina lo acompañaría mientras vivieron en Francia.

Corpus Barga quiso narrar la vida bohemia de los exiliados en París en "Los pasos contados", pero no terminó sus memorias, llegó sólo a contar sus primeros pasos dados en su Castilla natal y en su primer exilio francés. Sin embargo sabemos que en 1948 viajaría al Perú, animado sin duda por Tamaral, para dirigir la Escuela de Periodismo de la Universidad de San Marcos; allí se pierden sus pasos, el último que no pudo contar lo daría en Lima el 8 de agosto de 1975, rodeado de mujer, hijos y nietos. Lo vio Tamaral. En esta ocasión había sido el exiliado español establecido en el Perú el que había hecho que volviera su amigo a su patria, le había conseguido un puesto dentro del periodismo radiofónico. Tamaral organizó un programa de crítica política en radio Victoria, "Rrrrrramalazos", que a medio día paralizaba el tráfico de Lima. A la muerte de Barga, Tamaral abandonó por segunda vez su patria.

Al regresar a Francia comprobó que le habían destruido su barrio, las calles habían desaparecido, en lugar del mercado de les Halles se levantaba

Pasajeros de otros barcos

una especie de refinería de petróleo de juguete construida para albergar obras de arte de vanguardia, con nombre muy francés y muy rimbombante: Pompidou. Sólo se asomó al gran vestíbulo decorado con los angustiosos móviles de Calder, no se atrevió a entrar. Tenía la sensación de que en medio de la calle le hubieran hecho una operación a corazón abierto para implantarle otro ortopédico de última tecnología y más pequeño. Todo había cambiado, lo único que reconoció fue la lluvia. Yasmina tampoco encontró a sus antiguas compañeras, algunas habían muerto, otras se hallaban recluidas en casas de acogida.

Tamaral compró entonces un pequeño camión y se alejó de su barrio, de París, de Francia, huyó hacia el sur buscando un lugar de clima templado donde vivir. El azar lo llevó a Sevilla, siempre en compañía de Yasmina.

"La vida consiste en la preparación minuciosa de nuestro suicidio", le oí decir a Tamaral en Sevilla después de dejar a punto la maquinaria que lo hizo saltar por los aires en el aeropuerto de Tablada. A él le había costado noventa años la preparación de su muerte, le explotó la soledad en las manos, Yasmina ya estaba lejos, había escogido un nuevo destino, fue avisada y logró llegar al entierro.

Pasajeros de otros barcos

Amalia y la máquina de sueños

- Ave María Purísima.
- Madre, vengo...
- ¿De dónde es el cheque, del First National o del National City?
- Del First National, madre.
- Bien, pasa por aquí.

Era una salita primorosa, con mesas redondas cubiertas de tapetes de encaje, la tarde se filtraba por las rendijas de las cortinas y resbalaba como sudor sobre los discípulos de una última cena en la que aparecían como doce jornaleros comiéndose el bocadillo de las once. Me vino a la cabeza un artículo de "Triunfo" en el que había leído que la transpiración mezclada con brea producía, a los trabajadores de las carreteras, cáncer de testículos. En esa pequeña pieza de suelo de losetas, el tiempo se incubaba también como una enfermedad bajo la atenta mirada de los apóstoles, se acumulaba en los objetos sagrados, en los muebles, en las sillas de patas torneadas y en un pequeño sofá donde con seguridad nunca se habría sentado una pareja a darse un beso. A través de la puerta de cristal esmerilado se distinguían las figuras borrosas de las monjas con delantales que vivían al otro lado del mundo, como yo me imaginaba la caverna de Platón. En la parte oculta de la realidad, el aroma a visillo limpio, a aire de domingo, no impedía que llegara a la salita olor a mujer y a florero vacío.

Pasajeros de otros barcos

El convento estaba en el mismo barrio de Argüelles. Allí acudíamos algunos estudiantes sudamericanos a cambiar los dólares que nos enviaban nuestras familias para mantenernos en Madrid. Era dinero negro divinamente justificado. Las religiosas ganaban con el cambio y conseguían los dólares, imposibles de obtener en los bancos, para sostener sus misiones del Tercer Mundo, de donde casualmente veníamos los estudiantes, tan dispuestos.

El régimen de Franco, que en lo político era católico hasta el fanatismo, discriminaba en lo económico a las monjas, que se veían obligadas a actuar en el mundo clandestino del estraperlo con la soltura de cualquier cambista experimentado. Eso sólo lo sabíamos nosotros y los porteros de los hoteles, que eran los que llevaban dólares en los bolsillos en la España de aquellos años 60, y nos pasábamos el dato de unos a otros. "Las Trinitarias lo están pagando a 85 pts". "En Ventas, al lado de la plaza de toros, hay un chino que paga 87 pts". El chino era Juan, dueño de varios restaurantes en la calle de la Ballesta y de una "casa de señolitas", donde a veces se quedaba una parte de las pesetas recibidas.

Ese día la cantidad de mi cheque era mayor. La monja me miró casi con admiración, mientras se secaba las manos húmedas en el delantal, creyendo que estaba ante uno de los estudiantes más ricos del barrio; no sabía que en ese mes de marzo había sido mi cumpleaños y que mi padre había agregado veinte dólares para que me comprara una máquina de escribir, probablemente porque mi madre no entendía mi letra en las cartas

Pasajeros de otros barcos

quincenales que les escribía. Ese regalo tendría consecuencias imprevisibles para mi familia, y para mí fue como descubrir un territorio poblado de textos simétricos, corregibles, en el desorden insular de libros y ropa de mi habitación.

Ella me esperaba en la calle en sus pantalones vaqueros rojos casi ofensivos para las familias que caminaban en dirección a la misa de seis de la tarde. No había querido pisar ni una sola de las losetas de las monjas, había pasado muchos años de rodillas sobre ellas, argumentaba, y sacudía su pelo rubio como tratándose de quitar malos recuerdos. Bajamos en silencio por el bulevar de Alberto Aguilera hacia el parque del Oeste, los atardeceres siempre me producían melancolía, hasta los de Lima, que recordaba livianos y fugaces. Los de Madrid tenían algo de falsos, como si los hubiera pintado yo mismo en mis clases infantiles de pintura, había que adivinar cada elemento trastocado, las nubes púrpuras se estiraban sobre las farolas del paseo de Rosales que no era realmente un malecón y el horizonte gris no correspondía al mar sino a la fría meseta castellana. Eran puestas de sol secas, para verlas desde las ventanas cerradas de las viejas pensiones del barrio universitario, tal vez con unas líneas de fiebre, como hiciera Neruda en la calle Maruri de Santiago, pero no para pasear con una chica bajo la oscuridad de ese cielo que iba ensombreciendo paulatinamente nuestras cabezas. Lo había pensado infinidad de veces durante los años que transité sólo por Madrid y me paraba en las esquinas de Princesa comprobando que las bocacalles bajaban engañosamente hacia un

Pasajeros de otros barcos

océano inexistente. Luego volvía a mi habitación alquilada, a leer en la cama el último libro adquirido en la Cuesta de Moyano o en la librería clandestina de Modesto. Ya en esa época me resultaba difícil acordarme de lo que leía, siempre tuve mala memoria, pero tenía la certeza que mis variadas lecturas me iban dejando sin darme cuenta un poso de conocimientos, era una sensación ambigua y agradable que siempre experimenté.

Probablemente un náufrago en una isla desierta se lamenta de no poder compartir con la persona amada, ni siquiera en la imaginación, la belleza de sus atardeceres. Porque el náufrago está fuera del mundo, como las monjas platónicas, ha desaparecido para los demás, condenado a vivir hundido en su propia felicidad, desperdiciando tanta belleza, convirtiendo tanta emoción y tanto mar en algo íntimo e ignorado. Esa era la sensación que me invadía cuando subía por las escaleras del Metro, o cruzaba la Puerta del Sol a donde llegaba frecuentemente sin motivo alguno: me encontraba como un muerto feliz, sumergido entre los habitantes desconocidos de una gran ciudad.

Ella andaba esa tarde unos pasos por delante de mí, de pronto se volvió y su mirada verde materializó de golpe el mundo que había a su alrededor. "¿Qué te pasa? me preguntó". Disimulé la impresión que tenía de estar enredado entre celajes y pensamientos y me encontré ante un cielo concreto, azul oscuro, casi negro y una chica rubia con ojeras que me miraba divertida, casi burlona, produciéndome una emoción desconocida que no terminaba de crearme. A pesar de todo, cuando llegué al lado de la farola donde ella me esperaba

Pasajeros de otros barcos

no me atreví a cogerla de la mano como habría sido mi primera intención.

En el escaparate de la esquina de la calle Ferraz se exhibía la Olivetti Pluma-22 portátil en la que había pensado muchas tardes. Pero ese día estaba dispuesto a pasar de largo, sin detenerme siquiera a contemplarla, con la esperanza de llegar temprano al parque con ella y burlar a los guardias que a golpe de pitos perseguían a las parejas escondidas entre los árboles. Sin embargo, en el último momento volví para atrás y dándome cierta importancia empujé con el hombro la puerta batiente de cristal de la tienda. "Me la voy a comprar" le dije, como si comprara máquinas de escribir todos los días. Pero ella descubrió en seguida la emoción que intentaba disimular y se asombró de que una simple máquina de escribir pudiera causarme tanta ilusión. No la desengañé, pero oculté el verdadero motivo de mi entusiasmo. Es verdad que la compra de esa caja plana llena de teclas de la que yo creía que iban a salir todas mis ideas de allí en adelante me producía una emoción única, pero lo que me estaba provocando esa sensación de euforia incontenible era la casualidad de haberme encontrado con Amalia al bajar del autobús de la Ciudad Universitaria y que ella hubiera contestado a mi tímida pregunta con un: "A ninguna parte ¿y tú?".

La primera vez que vi a Amalia fue una tarde en la puerta de la Facultad de Derecho, aunque ella estudiaba Químicas. Estaba sola. Tuve la impresión de que sus ojeras se hacían aún mayores cuando fijaba la vista en las parejas de compañeros que conforme llegaban iban comprando las entradas

Pasajeros de otros barcos

para el baile del Paso del Ecuador de ese año. Yo también había llegado solo, y me quedé en la puerta sin que me convenciera mucho la idea de entrar. Ella miraba el reloj tratando de disimular su inquietud. Al final no llegó nadie a buscarla y la vi emprender el camino de regreso mirando sin interés el revuelo del otoño en la avenida principal de la universidad. Extraña ciudad aquella que se cubría de hojas secas al empezar el curso. En Lima no hay otoño, pensé. Me sorprendía tanto el suelo amarillo como la nieve negra que encontré en El Escorial después de un verano cuando fui a echar la primera carta para mi madre. Entonces vi cómo esa agua dura se fundía con las hojas, como una Alfonsina Storni en un mar dorado.

Yo que estaba bolearizado desde mi infancia, al verla alejarse, recordé en ese momento la letra de más de cien canciones pero no me atreví a seguirla ni a proponerle nada, tampoco sabía que se llamaba Amalia, temí que estuviera de mal humor, o que a lo mejor fuera a hacerla llorar empleando palabras equívocas. Esa noche lo lamenté en la cama de mi habitación con "La P... respetuese" de Sartre en las manos por toda compañía.

Dentro de la tienda, para calmar mi doble ansiedad mientras esperaba que me atendieran, le volví a preguntar de qué pueblo era y ella me repitió que de Santa María del Tiétar. Me lo había dicho por lo menos veinte veces pero no me quedaba con lo del Tiétar. "Es el río", me dijo riéndose y me lo imaginé como un torrente cristalino bajando por las laderas de Avila donde ella se habría mojado los labios más de una vez. Más tarde, sentados entre los árboles, utilizando el estuche de la Olivetti como

Pasajeros de otros barcos

asiento, hablamos de su infancia y de su pueblo, que era el primero de la sierra. Entonces empezó a llover y no pudimos terminar la conversación, no le pude decir lo que sentía por ella desde que la vi en la puerta de la facultad de Derecho. Abandonamos el parque corriendo y a oscuras. A la salida advertí la mirada maliciosa de los guardias encargados de imponer multas de veinticinco pesetas a las parejas que se besaban a hurtadillas en el parque.

A partir de ese día a mis padres les empezaron a llegar mis cartas aseadas y pulcras, no sólo en la letra sino en el estilo que me esmeraba en depurar, pero lo que ellos no sabían era que había descuidado totalmente mis estudios de Derecho para pasarme las noches en vela copiando mis poemas y enigmáticos textos que un día, en el restaurante universitario, le enseñé con entusiasmo a Amalia, y ella los leyó con cierto escepticismo, sin comprenderlos. Entonces caí en la cuenta que Amalia no había existido nunca, que todo era un sueño cálido que habitaba en mi máquina de escribir.

Pasajeros de otros barcos

la indignación de Anselmo

El portero del edificio donde alquilo una habitación es ciego. La comunidad de vecinos está de acuerdo en que un portero ciego sirve para poco, por eso no se le paga un sueldo, únicamente se le permite vivir en los cuartos que servían para almacenar el carbón y que se quedaron vacíos cuando se cambió el sistema de calefacción por gas. Critican su inutilidad en las juntas de vecinos y la señora del quinto suele defenderlo porque considera que un "portero humano" es siempre más elegante que uno automático, aunque sea ciego.

Anselmo se pasa el día sentado en la puerta con una radio entre las piernas. Tiene ya setenta años, se quedó ciego a los treinta en un accidente de carretera cuando llevaba un camión. Desde entonces ha vivido en la indigencia. Su mujer es la única que aporta algo de dinero fregando escaleras del resto de edificios del barrio de Argüelles.

Reconoce mis pasos cuando vuelvo de la universidad. "Los anuncios de la radio son mentiras, no hay nadie que le recomiende a usted nada ¡están todos grabados!" me dice sin importarle que su gesto indignado agrande las cuencas de sus ojos yertos. Su mujer, que lo cuida con cariño, me advierte resignada: "No le haga usted caso. Ya no está bien, el pobre." Anselmo era un superviviente de la estirpe de los locos lúcidos, antiestéticos, desagradables, con los dientes amarillos de tanto fumarse sus pensamientos.

Desde hace unos días se le nota aún más triste, más decepcionado. Se había ilusionado con una

Pasajeros de otros barcos

buenas noticias, había oído por la radio que los ciegos tenían derecho a una pensión de invalidez. Le llegaba tarde, pero al fin solucionaría su angustia económica y su mujer podría dejar de fregar escaleras para estar con él, tendrían tiempo para acompañarse, tal vez hasta para quererse.

Una mañana la mujer decidió dirigirse con su marido a solicitar la pensión de la Seguridad Social. Allí les confirmaron que la única condición era un examen médico que atestiguara que estaba completamente ciego. Los vi de regreso entrar a sus cuartos, estaban contentos, se habían parado en el bar de la esquina y él se había tomado un vino; lo celebraron en el patio de luces del edificio, festejaban su ceguera indiscutible, él intentó unos pasitos de baile mientras ella palmeaba, se tropezó en el husillo central sin consecuencias, el traspies convirtió sus risas en carcajadas, yo los oía desde mi habitación. Dejé de preparar un examen de derecho mercantil para bajar a compartir su alegría, él me abrazó y ella me dio un beso.

Unos días después lo llamaron de la Seguridad Social, le hicieron nuevas pruebas con modernos aparatos y al terminarlas el oftalmólogo le anunció jubiloso que su ceguera era reversible. "¿Eso qué es?" preguntó él con interés. "Es una buena noticia" le respondió el médico, "significa que es operable, que podrá recuperar la vista". ¿Pero si la recuperaba perdería el derecho a la pensión? "Sí, lo perdía, ya no habría motivo para una pensión" le dijo con indiferencia el funcionario de la Seguridad Social, unos días más tarde.

Pasajeros de otros barcos

Anselmo se negó rotundamente a operarse, prefería la pensión a recuperar la vista a los 75 años, "ya para nada", decía. Le advirtieron que si no se operaba tampoco cobraría nada porque al ser su ceguera reversible, si no veía era porque no quería. El funcionario encima se permitió hacerle la broma: "No hay peor ciego que el que no quiere ver". Anselmo preguntó indignado si le iban a pagar los cuarenta años que había permanecido ciego, cuando aún no existían todos esos aparatos que le devolverían la visión, le respondieron que no porque la pensión no era retroactiva. "Ya lo sabía yo, todo lo que se oye por la radio es mentira, todo está grabado, son máquinas", me lo dijo al reconocer mis pasos en el portal cuando regresé del examen de derecho mercantil que me habían suspendido. Su voz simulaba el tono grave de indignación cotidiana, pero se notaba un trasfondo nuevo de tristeza.

A Anselmo lo operaron y recuperó la visión, pero le sirvió de poco, siguió con la radio entre las piernas, sin levantar la vista en la puerta del edificio, mientras su mujer fregaba las escaleras del barrio.

"Todo lo que dicen estos", me decía señalando la radio cuando reconocía mis pasos con los ojos cerrados, "es mentira".

Pasajeros de otros barcos

I'm Willy

En Madrid a los universitarios se nos obligaba a admirar un desnudo femenino todas las mañanas durante un cuarto de hora, el tiempo que tardaba en llegar el autobús de la línea tres de Argüelles. En realidad la modelo estaba cubierta por un tul celeste pero era fácil adivinar su piel, hasta su imperceptible vello, bajo la tela vidriada. Probablemente el encargado de la censura publicitaria se estaba quedando ciego y había autorizado el cartel sin examinarlo a fondo.

A ese cuerpo todo parecía funcionarle bien. Se encontraba casi en cuclillas, un poco ladeada. Sus ojos grandes en el panel gozaban de una visión amplia de la esquina de la plaza de la Moncloa, abarcaba con la vista desde la cafetería de la calle Princesa hasta la librería del SEU. Era un organismo bello. Sus pezones estaban uno atento a la brisa del Guadarrama y el otro al monóxido de carbono del tráfico. Sus piernas recogidas se perdían entre sus finas nalgas. La humedad de la mañana enfriaba las aletas de su nariz, para luego entibiar el posible beso que su boca entreabierta prometía. El pelo le cubría a medias el rostro. Los lóbulos suaves, en equilibrio. La columna vertebral en calma. Las uñas en reposo. El sexo regulando sus fluidos. Aparentemente se diría que era un cuerpo feliz, sin embargo no provocaba la compra del gel de ducha que anunciaba, ni siquiera sugería algún deseo sexual. Era bello, puro, abstracto, no liberaba ningún olor especial, era parte de lo que arrastra el

Pasajeros de otros barcos

viento, de lo que seguramente permanecería en la calle después de que terminara el curso.

Paradójicamente, esa imagen casi perfecta desencadenaba en un ser habituado a las pensiones del barrio, húmedo de lluvia, con sólo un café mal sorbido en el estómago, la ilusión de encontrar una mujer con algo más de noche en los ojos, con la piel aún rezumando sueños, y de volverse con ella a la cama para redespertarse juntos abrazados como amantes, como si no hubieran hecho otra cosa en toda la vida.

Una mujer que podría haber madrugado esa mañana y viajaría en el mismo autobús en dirección a la universidad, después de haber pasado sigilosamente por el Metro, sin ni siquiera haber tenido tiempo de ducharse con el gel del anuncio ni con ningún otro; sin añadir ruido al ruido de la gente. Engendraría ganas de estrujarla entre los libros y de levitar con ella en un amor anónimo hacia un país sin exámenes ni clases, lleno de playas.

A las ocho de la mañana en invierno era difícil separar el sexo del olor a gasolina, del leve tiritar de las ventanillas, de la incipiente claridad, del suave roce de una mano femenina en el pasamanos, y creía tener razones para pensar que el exceso de belleza tiene un lado desdeñable, que el verdadero amor era cuestión de miradas, de ternura, de temperatura de la piel. También sospechaba que si existía esa mujer entre el calor de tantos cuerpos transportados hacia las facultades, descendería del autobús inadvertidamente y desaparecería entre las aulas, para continuar estudiando su carrera casta y

Pasajeros de otros barcos

clandestinamente, borrando tras de sí toda posibilidad de volver a verla.

Esos viajes tenían algo de místicos, con fugaces apariciones interrumpidas por frenazos, apreturas, a veces hasta por averías del autobús, que nos obligaban a continuar nuestra cotidiana transfiguración andando a pie.

Y un día al finalizar las clases creí reconocerla riéndose entre un grupo de compañeros desconocidos en el bar de Derecho. Intenté aislarla en una maniobra de timidez que yo mismo no me esperaba, le propuse irnos los dos. "¿Nos vamos yendo?" le sugerí y me contestó divertida "No hay otra manera de irse que yéndose", sin calibrar la intención de mis palabras.

Decidimos no subir al autobús de regreso, preferimos seguir pisando las hojas secas hasta el barrio de Argüelles. Mientras iba yo intentando medir la temperatura del aire que me separaba de ella, por si se tratara solamente de los grados otoñales de aquella mañana o si era su piel que emitía señales a través de su abrigo ceñido y sus guantes de lana, oímos que por detrás se nos acercaba una bulla.

Una marea de oscuros abrigos se movía en ráfagas esquivando los coches y los árboles; eran tiempos de vestuarios uniformes, carreras temerosas, estudiantes clónicos. "Nos persigue una muchedumbre", pensé, porque a esas edades es fácil confundir la soledad o la incomunicación con la paranoia. Pero la multitud nos adelantó, atropellándonos, ululando, desencadenando una corriente de pavor contra un peligro transparente que rodaba a nuestras espaldas. Sin embargo, no

Pasajeros de otros barcos

venían los grises a caballo, ni la policía, al contrario, la calle se quedaba desierta con un inquietante aspecto de domingo.

Ella me señaló entonces a un muchacho rubio de pelo corto, congestionado, en pantalones vaqueros y camiseta blanca con una serigrafía de "University of Massachusetts" dorada en el pecho. Venía maldiciendo en inglés al frío cielo del Madrid de 1965. Nunca le he temido a la locura, más me asusta la exageración de la cordura, por eso me entreparé. El norteamericano se me acercó, me gritó a la cara "I'm Willy!", levantó los puños varias veces dando saltos y vueltas como si se encontrara encerrado dentro de sí mismo. "I'm Willy!" repetía.

Al dirigirse a mí el extranjero, la masa estudiantil nacional detuvo su huída, como retenida por una fuerza elástica que emanara de su luminosa camiseta yanqui. Algunos se atrevieron a rodearnos, expectantes. En el grupo de los más próximos un tipo ancho se quitó el abrigo y se dirigió hacia el muchacho, lo siguieron cuatro o cinco hablando a voces, bien peinados, seguros de sí mismos: "Hay que darles una lección a estos hijos de puta que nos vienen a joder la marrana a España".

Antes de que pudiera darme cuenta, lo habían tirado al suelo de un empujón y lo pateaban sin contemplaciones detrás de un seto de arbustos. Willy no ofrecía resistencia, se tapaba la cara con las manos y encogía las piernas como si su única intención fuera la de ocultar la frase que exhibía en el pecho. En posición fetal aparentaba más delgado que de pie. Uno de los matones le escupió sonoramente y los secuaces lo interpretaron como

Pasajeros de otros barcos

la señal para dejar de pegarle. "A estos locos se les quita la locura a patadas", concluyó.

Ella se agachó para consolarlo. En ese momento presentí que a la salida de la facultad yo le había propuesto sin que ella lo advirtiera, escapar juntos por un espacio continuo, donde estaríamos toda la vida yéndonos, huyendo juntos, por esas alamedas u otras parecidas en distintas partes del mundo, sin esperar a saber quiénes éramos, sin ni siquiera averiguar si nos amábamos.

El muchacho levantó la cabeza ensangrentada, comprobó de reojo que los matones ya se hubieran ido y le dijo débilmente: "I'm Willy, you know?". Al ver cómo ella se quitaba el guante de lana para ponerle la mano desnuda encima del hombro y la ternura con la que le habló, sentí una envidia inmensa e inexplicable del pobre Willy.

Pasajeros de otros barcos

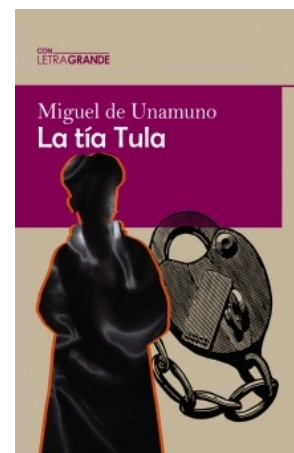
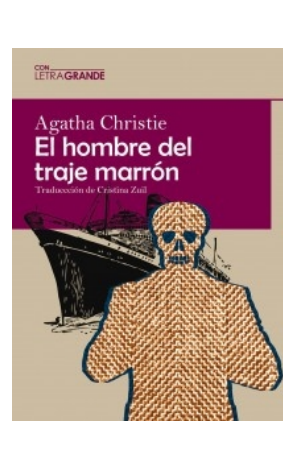
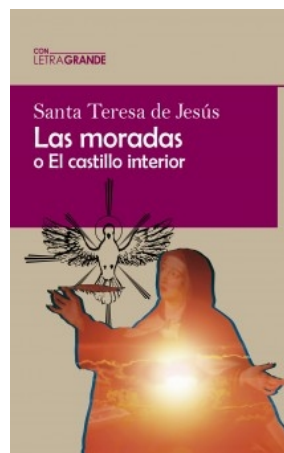
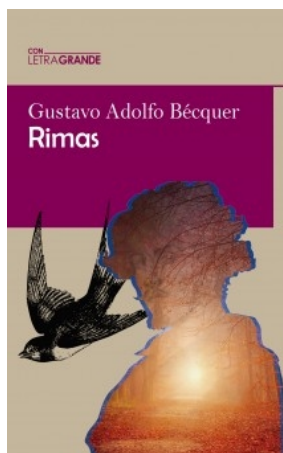
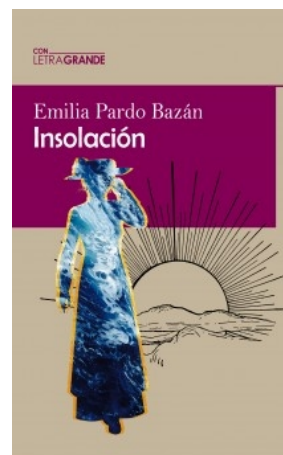
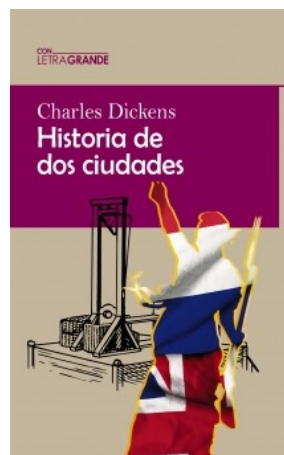
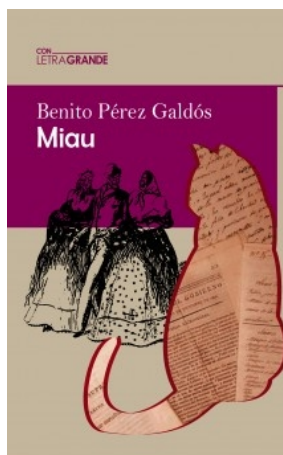
Pasajeros de otros barcos

**Se empezó a imprimir la
primera versión de
Pasajeros de otros barcos
en Sevilla en 2006
y una segunda versión
el 17 de febrero de 2022.**

Pasajeros de otros barcos

¿Conoces nuestro catálogo de **libros con letra grande**?

Están editados con una letra superior a la habitual para que todos podamos **leer sin forzar ni cansar la vista**.



Consulta **AQUI** todo el catálogo completo.

Puedes escribirnos a pedidos@edicionesletragrande.com